



**BOLSILIBROS
EASA**

**80 Ptas.
INCLUIDO
I.V.A.**

CANARIAS, 75 pts



Anthony G. Murphy

**HERMANO
CONTRA HERMANO**



FBI



EDITORIAL ANDINA, S. A.

© ANTHONY G. MURPHY

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto, PINTO (MADRID)

Director responsable:

Gregorio Ovejero.

I.S.B.N.: 84-06-04885-9

Depósito legal: M-18844-1986

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (Madrid)

**HERMANO
CONTRA HERMANO**

Anthony G. Murphy

Todas las situaciones, personajes o entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con los actuales hechos o pasados será mera coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

El tren en que viajaba David Gadner entró en agujas en la estación Unión, toda ella de mármol blanco y magníficos grupos escultóricos en la fachada principal.

El joven saltó al andén antes de que el convoy se detuviera y buscó la salida entre el gentío.

Llevaba sólo un maletín de viaje, un traje gris rayado, un sombrero de fieltro ajado y una gabardina, no mucho más nueva, doblada sobre el brazo.

Cinco semanas atrás, por mediación del inspector Cronwell, del F. B. I., un antiguo y buen amigo de su familia, David Gadner había solicitado el ingreso en la Policía Federal. El inspector le había dicho que le escribiera de cuando en cuando preguntándole sobre el asunto; pero a él le había parecido más práctico aprovechar que en Nueva York no tenía nada que hacer para personarse en Washington.

Así, además, se separaría por unos días de su novia, a la que había encontrado un poco fría y cambiada a su vuelta de Europa, donde había combatido con el Cuerpo de Ejército del general Patton, licenciándose con el grado de capitán por méritos de guerra, y algunas menciones honoríficas en la orden del día.

Eran muy avanzadas horas de la noche y tendría que esperar al día siguiente para visitar al inspector Cronwell, puesto que ignoraba otra dirección que la del Departamento de Justicia, y entonces estaba cerrado.

Se paseó por la ciudad durante algún tiempo, hasta encontrar alojamiento en una pensión de ínfima categoría, pero que era a lo único que podía aspirar, dado su precario estado de dinero.

Cenó frugalmente y se acostó, rendido.

En cuanto amaneció, ya estaba en la calle y caminaba en busca del inspector.

No pudo hallarle. Según le informaron, había salido el día anterior hacia Quántico, la población de Virginia, donde está instalada la Academia del

F. B. I.

A David se le antojó un buen síntoma aquel viaje.

Por la tarde volvió a personarse en las oficinas del Departamento de Justicia. Cronwell aún no había regresado. Entonces decidió meterse en un cine, y esperar a la mañana siguiente.

La película que se pasaba era «La casa de la calle Noventa y Dos», y allí pudo admirar muchas de las excelencias y métodos de trabajo del Cuerpo al que deseaba pertenecer.

Salió encantado.

Era ya más de medianoche, pero sentíase sin sueño y no estaba nada cansado. Decidió pasear.

Le agradaba la brisa acariciante del río Anacostia y el olor de las flores que impregnaban el ambiente. En ninguna ciudad de Norteamérica puede que existan tantas y tan bellas variedades de rosas. Las cercanías del Capitolio, sobre todo, es un verdadero derroche de perfume, y no digamos los parques y jardines.

Bajó por la calle Capítol, torció a la derecha, por la Dieciocho, cruzó la avenida Massachusetts le desembocó en la de Georgia.

Por la calle Diecisiete, se dirigió a la avenida Pensilvania, célebre por sus paradas militares y arteria principal de Washington.

Se asomó unos segundos al pretil del puente sobre el Anacostia, y poco después, volvió sobre sus pasos, hacia la plaza Circular y entró en un bar que todavía estaba abierto, en la esquina de la calle K.

Pidió unos «perros calientes» y una botella de cerveza. Los clientes eran ya escasos. El camarero se mostraba soñoliento y bostezaba de cuando en cuando. Sus movimientos, tardos y perezosos, denotaban su aburrimiento.

Súbitamente, todo aquel tedio se desvaneció. A lo lejos gimieron las sirenas. Trepidar de motocicletas y automóviles quebraron el silencio nocturno.

Por la calle L, en la parte que orillaba el río, apareció un coche

de la policía, que obstruyó el paso, al mismo tiempo, que otro hacía lo propio con la calle Diecisiete. El puente fue cerrado, asimismo por un vehículo de las mismas características.

Sólo la Plazuela, como una trampa silenciosa, quedó libre a cualquiera que bajara por la gran avenida Pensilvania.

Se oían voces, que repetían machaconamente, desde el interior de los vehículos, conversaciones por radio. Se cruzaban órdenes y consignas.

Mientras tanto, seguían atronando la ciudad los gritos desesperantes de las sirenas. Ahora podían ser localizados en la avenida Georgia, hacia la calle Trece o Catorce; después, en una de estas transversales; luego, en las cercanías de la Dieciséis, junto al cruce mismo con la de la G.

—¿Qué pasa? —quiso saber David.

El camarero se encogió de hombros. Había sacudido su apatía por unos momentos; pero, al parecer, se encontraba tan ignorante como David de lo que aquello pudiera significar.

Un individuo gordo, uniformado y armado con un revólver de reglamento se personó en el bar.

—Cierren las puertas y apaguen las luces. Puede haber jaleo.

—¿Qué pasa? —repetió David su pregunta.

—Estamos intentando dar caza a Arthur Carroll. Se ha apoderado de uno de nuestros coches patrulleros y anda con él dándose un paseíto por la ciudad. No va solo. Le acompaña el hijo del ayudante adjunto del fiscal.

—¿Un rapto?

—Algo parecido.

El agente salió. Las luces fueron apagadas; pero la curiosidad resultó de todos modos más fuerte que la preocupación. Gadner al asomarse pudo percibir cómo patrullaban por las cercanías grupos de hombres perfectamente armados con rifles y pistolas ametralladoras.

A lo lejos, seguían sonando las sirenas.

Por fin, a toda velocidad, un coche negro, perseguido de cerca por otros varios, avanzó por la avenida Pensilvania, intentando enfilarse el puente.

Al encontrarlo obstruido, su conductor frenó en seco y maniobró para dirigirse en busca de otra salida. Como todas estaban cercadas,

paróse en medio de la plazoleta, y allí quedó, al acecho.

Algunos ocupantes del bar se hicieron esta pregunta:

¿Por qué no disparan?

David Gadner, por su parte, se percató en seguida de la situación.

Arthur Carroll estaba cercado, pero no solo. Por la ventanilla, bajada del automóvil se divisaba la rubia cabeza de un niño como de diez años. Se trataba del hijo del ayudante del fiscal.

Algunos de los vehículos disponían de altavoces, incluso el que el «gánster» ocupaba. Desde el puente se le conminó a rendirse. Arthur Carroll conminó a su vez para que se le dejara el paso expedito.

—Doy un cuarto de hora de plazo. Si en ese tiempo no se me deja libre la carretera, intentaré abrirme paso. Pero antes mataré a mi rehén.

Un nuevo vehículo apareció en escena por la avenida Pensilvania. Era el coche insignia del F. B. I.,

ocupado por algunos de sus miembros más caracterizados.

—No seas loco, Arthur, y entrégate —le ordenó uno de los recién llegados.

—No me cogeréis con vida. Estoy decidido a todo antes de entregarme.

—Te será imposible escapar.

—Dispongo de un buen triunfo. Estoy en situación de imponer mis condiciones. En modo alguno me puedo imaginar al glorioso F. B. I.

siendo verdugo de un inocente.

El hombre cercado no hablaba por hablar. El jefe de las fuerzas se mostró indeciso. Realmente, no podía sacrificar el niño a la vesania de un criminal sin conciencia.

—¿Quién es ese Arthur Carroll? —quiso saber David.

—Uno de los delincuentes más peligrosos. Toda la prensa ha hablado últimamente de él. Estaba condenado en rebeldía, junto con su hermano Orson. A éste lo detuvieron en Louisiana, y será electrocutado la semana que viene. Parece ser que Arthur Carroll ha hecho llegar hasta el Departamento de Justicia repetidas amenazas de represalia si su hermano moría. Y ésta debe de haber sido una de

ellas.

El fondo noble de David se sublevó ante la idea de que el pobre niño pudiera caer asesinado. El duelo de palabras entre el asesino y la Justicia se reanudó.

—Han pasado cinco minutos. Diez más, y podréis venir a cogerme. El muchacho ya no vivirá. Creo que os conviene aceptar las condiciones.

El jefe adjunto del fiscal llegó en aquel momento. Arthur Carroll le reconoció e hizo que el niño pronunciara unas palabras a través del altavoz. Su padre no dijo nada, pero se clavó las uñas en las palmas de las manos hasta hacerse sangre.

Hubo una pequeña pausa. El acorralado prosiguió:

—Han pasado cinco minutos más. Sólo restan otros cinco. Decidíos, pues creo que me estoy poniendo en razón.

El jefe del

F. B. I.

se volvió, indeciso, a sus compañeros, y empezaron todos a hablar en voz baja, parapetados siempre detrás de sus coches y con las armas dispuestas. Gadner supuso que discutían la conveniencia de salvar al prisionero, aun a costa de ser tachado el

F. B. I.

de ineficaz.

El joven había seguido anhelante todas y cada una de las incidencias de aquel diálogo.

La plaza se encontraba iluminada por los faros de los coches de la policía, cuyos rayos de luz, a medio tono, convergían sobre el ocupado por Arthur Carroll. No se habían atrevido a dar más intensidad, porque el bandido había manifestado que si trataban de deslumbrarle lo tomaría como la señal de ataque y asesinaría al niño sin contemplaciones.

David empezó a meditar. Si pudiera, arrastrándose, llegar, sin ser visto, hasta el coche cercado, confiaba en que, obrando con rapidez, conseguiría desarmar y aprehender al «gángster».

Lo que estaba pensando era prácticamente imposible. En modo alguno podría acercarse al coche sin que su ocupante lo percibiera, y aquello significaría precipitar con antelación el trágico desenlace.

El corazón del joven empezó de pronto a palpar aceleradamente. Acababa de descubrir bajo la lucecilla piloto, la

boca de una alcantarilla, y esto le hizo concebir un plan, que, aunque peligroso y audaz, podía muy bien dar buenos resultados. Gadner no ignoraba que se jugaba la vida. Pero ¿cuántas veces no se la había jugado en campaña?

El plazo concedido por el criminal estaba expirando. No había minuto que perder. Se volvió al camarero.

—¿Conoce usted en las cercanías una boca de alcantarilla como aquella que se ve junto al coche de Carroll?

—En efecto, conozco una. A menos de cincuenta pasos, saliendo por la puerta que da a la calle K. ¿Qué es lo que se propone?

—Ya lo verá. Deme una linterna y guíeme hasta allí. Cuando yo haya descendido a ella, vaya usted hacia el jefe del

F. B. I.

y díglele que estén atentos a la boca que hay en la plaza. Sobre todo, que consigan con cualquier disculpa otros diez minutos de prórroga. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Entiendo lo que quiere decir, y comprendo lo que va a hacer.

Casi corriendo traspusieron la puertecilla que conducía a la calle K. Efectivamente, a menos de cincuenta pasos encontraron lo que buscaban. Con algún esfuerzo consiguieron levantar la trampilla, y David, con la lámpara en la mano, descendió por las escaleras de hierro que conducían a la galería subterránea.

A ambos lados de la alcantarilla propiamente dicha había una especie de pequeño andén para facilitar el paso a los empleados de la limpieza. Algunas ratas corrieron asustadas al acercarse la luz. David seguía avanzando.

El primer plazo concedido por el «gángster» había expirado ya, pero confiaba en que la policía le hubiera convencido para que les diese una nueva prórroga.

Llevaba caminadas unas cincuenta yardas, cuando la galería bifurcó. Eligió el camino de la derecha pues, al final de él, sentíase el rumor del agua del río.

Por este rumor se fue orientando, y treinta pasos más adelante, encontró la salida, junto a la cual, según todas las posibilidades, debía de encontrarse el coche del acosado.

Apagó la linterna, la guardó en el bolsillo y subió hasta dar con su cabeza en la trampa. Recordó el trabajo que les había costado abrir la otra, pero pronto se convenció de que no era lo mismo

empujar desde abajo que tirar desde arriba.

Ahora la operación le resultó mucho más sencilla. Con los hombros fue empujando lentamente. Apenas consiguió abrir una rendija, llegó hasta él un raudal de voces y de luz. Los del

F. B. I.

estaban esforzándose por tener pendiente de ellos la atención del criminal.

En principio tuvo suerte David. La trampa se levantaba de espaldas a la avenida Pensilvania, lo que quiere decir que, sin exponerse a ser visto, tuvo tiempo, antes de salir, de echar una ojeada hacia el coche cercano e imponerse de la situación en seguida.

No era tan peligroso ni difícil, si sabía obrar con rapidez y cautela. El bandido estaba absorto en la vigilancia de cuantos le acechaban y ajeno por tanto, a lo que le acechaba casi bajo sus mismos pies.

David Gadner percatóse de que el cañón de una «Thompson» asomaba su negra y mortífera boca por la ventanilla correspondiente a la portezuela derecha del automóvil. Su plan de acción no podía ser otro que deslizarse hasta aquella portezuela, abrirla de golpe y aprovechar la sorpresa que su presencia crearía en el bandido para desarmarle y reducirlo.

Reptó suavemente hasta colocarse bajo la ametralladora del «gángster». Esperó unos segundos, conteniendo el aliento, pues temía que su presencia hubiera sido notada por el ocupante del vehículo y que el cañón de la «ukelele» pudiera girar de pronto hacia él y coserle a balazos.

Nada sucedió, y sólo entonces se decidió a hacer girar el pestillo con la mano izquierda, mientras acercaba la derecha al arma.

Tenía que sincronizar dos movimientos distintos: el de la apertura de la portezuela y el del arrebatamiento de la ametralladora de manos del criminal.

No era tarea fácil pero tampoco imposible.

Rívido, los miembros en tensión, dispuesto a todo, el joven mejoró de posición. Su mano agarró el picaporte.

Una, dos, tres —fue contando las pulsaciones de sus arterias—. Fuera.

La portezuela se abrió y la mano de David Gadner arrebató la

ametralladora del «gángster». Éste no supo reaccionar. No se había figurado que alguien pudiera atacarle tan de improviso.

El niño gritó, asustado; abrió la portezuela contraria y se puso a salvo corriendo.

Lo demás ocurrió en un segundo. Los puños de David golpearon la cara de su contrario. Éste intentó sacar una pistola del bolsillo posterior del pantalón sin conseguirlo.

Un enjambre de agentes avanzó hacia el centro de la plaza.

Otros asomaron por la boca de la alcantarilla. Habían seguido, por orden superior, el camino usado por David.

El ayudante adjunto del fiscal traía abrazado por los hombros a su hijito. El teje del

F. B. I.

cayó sobre Arthur Carroll y entre él y Gadner consiguieron reducirlo.

Cuatro agentes le condujeron al coche insignia, desde el que pasaría a ocupar una celda junto a su hermano. Estaban ya convictos y confesos, y lo mismo aquél que éste, serían electrocutados la semana entrante.

Una mirada de odio concentrado y terrible fue todo lo que David recibió del forajido, cuando se lo llevaban.

El ayudante del fiscal felicitó al joven. A Gadner le hubiera gustado que le tragara la tierra. Era humilde por naturaleza, y aquella notoriedad le llenaba de confusión.

—Fue una buena idea, muchacho. Algo descabellada, pero buena.

El jefe del

F. B. I.,

sin embargo, parecía no creerlo así. Quizá estuviera un poquito celoso.

—Pudo echarlo todo a rodar, amigo. No obstante nos ha prestado una gran ayuda. Y las cosas no deben ser miradas desde el punto de vista de lo que debieron ser, sino de lo que, en realidad, fueron. ¿Cómo se llama usted?

—Me llamo David, David Gadner, señor. He llegado hace dos días a Washington, desde Nueva York.

—¿A qué se dedica por el momento?

—A nada. Me limito a esperar.

—¿Qué espera usted en una ciudad que no es la suya?

—He solicitado el ingreso en el

F. B. I.

hace unas semanas, por mediación del inspector Waldo Cronwell, del Departamento de Justicia. He venido a verle para saber qué había del asunto.

—Conozco a Cronwell. Un excelente compañero. En cuanto a usted. ¿Le gustaría de veras hacerse agente especial?

—Me encantaría.

El jefe del

F. B. I.

se volvió entonces a uno de sus subordinados.

—Tome nota. Este muchacho deberá ser admitido mañana mismo en la Academia. Que pase por nuestras oficinas a primera hora y extiéndale un pasaporte oficial para llegar hasta Quántico. Porque supongo —se dirigió de nuevo a David—, que no querrá usted hacer el viaje por su cuenta.

—Le seré franco, señor. Me lo costearía con gusto, y, de no haber otro medio, capaz sería de hacer ese viaje a pie.

—Se puede viajar también en tope, pero no se lo aconsejo.

Con este tono bromista, el jefe del

F. B. I.

tendió la mano a David, que se la estrechó efusivamente, y desapareció hacia su automóvil, seguido de cerca por su cortejo de valientes.

El joven sentíase tan emocionado, que estaba a punto de llorar.

CAPÍTULO II

Los primeros dos meses y medio de su estancia en Quántico pasaron para el aspirante al

F. B. I.,

David Gadner, como un soplo.

La disciplina casi monacal a que se somete en la Academia a los alumnos, endureció sus músculos y avivó su inteligencia, ya de por sí bastante despejada, sin dejarle un minuto libre para que se aburriera.

Era feliz, pues una de las ilusiones de su vida más amorosamente acariciadas estaba a punto de cumplirse. Si llegaba a aprobar, lo que no admitía dudas, Gadner se congratularía de su suerte; pero el F. B. I.

podía congratularse también, y no con menos motivo.

Aquella noche, mientras los demás compañeros dormían, David evocaba el rostro agraciado de Helen Gray y se lamentaba íntimamente de no haber recibido de ella más que un par de cartas en todo el tiempo.

Luego, su mente desechó esta imagen, y otra mucho más querida vino a ocupar el puesto de aquélla: la de su madre, Agatha de Gadner, que le sonreía y animaba, sentada junto al otro hijo.

Por más esfuerzos que hacía para conciliar el sueño, le resultaba imposible. En vista de ello, se entregó por completo a los recuerdos, y hubo un momento en que su cerebro se llenó de las jornadas precedentes en la Academia.

Hasta cerca del amanecer, David Gadner no se durmió, y apenas lo había hecho, lo despertó el toque de diana.

Gadner saltó de la cama con algo menos de ánimo que de costumbre, pero, una vez salido de la ducha, cuando se dirigía al

comedor entre sus condiscípulos, era el mismo de siempre. Gastaba bromas a unos y a otros, y unos y otros se las gastaban a él.

Al finalizar el desayuno, un ordenanza fue al encuentro de David para que le acompañara al despacho del director, donde se encontró con una agradable sorpresa.

El inspector Cronwell le tendió la mano, sonriente, y le presentó a un señor, que estaba entre él y el director.

Se trataba del inspector-jefe del

F. B. I.

en Nueva York.

—En Brooklyn ha ocurrido algo desagradable —dijo éste, por todo preámbulo, después de los saludos de rigor— y quiero que usted, con autorización de la superioridad, ocupe su puesto sin siquiera cumplir aquí los tres meses reglamentarios. Por esta vez, y en honor a las circunstancias, haremos caso omiso del reglamento. Hemos pensado en usted, en lugar de cualquier otro, por su valentía al enfrentarse en Washington con Arthur Carroll y también porque usted ha nacido allí.

—Brooklyn, como usted sabe muy bien, es muy grande; pero lo conozco bien. Ahora, ¿me dirá qué ha ocurrido?

—A eso voy, muchacho. En Brooklyn han asaltado la sucursal de la Banca Federal del Estado. No pudieron llevarse un centavo; pero asesinaron al cajero y a un pobre transeúnte. Mis hombres han trabajado en esto durante algunas semanas.

Hizo una breve pausa.

—Hemos hecho redadas en los bajos fondos y llegado a la conclusión de que se trata de gente nueva. Por eso hemos pensado en usted. Ya sabe que la sucursal está enclavada precisamente en una de las calles cercanas a la que usted vive. Allí podrá usted investigar sin levantar sospechas.

—Me parece bien.

—Para empezar contamos con material excelente: un fotógrafo de Prensa, tiró estas placas de los bandidos cuando huían. Écheles un vistazo, Gadner. Están enmascarados, pero, en un momento dado, de algo nos pueden servir.

David Gadner cogió las cartulinas.

En una de ellas, los «gangsters» aparecían de espaldas al salir del edificio asaltado. En la otra estaban cogidos de frente, en el trayecto

hacia el automóvil. La tercera los presentaba más bien de costado, en el momento de subir a éste.

Mientras las examinaba, el inspector del
F. B. I.
seguía perorando.

—Usted irá a vivir a su casa, Gadner. Dirá que no ha conseguido aprobar, y si alguien sabía que usted estaba aquí, creará que es cierto y nadie recelará nada. Usted tendrá los ojos y oídos muy abiertos y sólo en caso de peligro o cuando sepa algo del asunto tomará contacto con nosotros. ¿Entendido?

David Gadner no respondió. Ni siquiera había oído aquella pregunta. Estaba abstraído en la contemplación de la segunda de las cartulinas, y sus ojos se clavaban expresamente en el que parecía ser el cabecilla.

De no ser por las recientes enseñanzas recibidas, un movimiento de emoción, un gesto de sorpresa, un temblor de manos, lo hubiera delatado en seguida. Pero así, ni un solo músculo de su rostro se alteró lo más mínimo al reconocer al «gángster».

El inspector-jefe de Nueva York tuvo que repetirle la pregunta a la que David respondió, al fin, un poco maquinalmente.

—Sí, entendido.

—Prepare su equipaje y manos a la obra. Por el camino le daremos más detalles. El inspector Cronwell vendrá con nosotros también. Se ha ofrecido para ponerse al frente de este asunto. Él, como viejo amigo de su familia, podrá visitarle sin levantar sospechas y le servirá de enlace.

David Gadner asintió con la cabeza. El inspector Cronwell le miraba fijamente, como si quisiera leer en su pensamiento. Ante tal mirada, se removió inquieto, temeroso de la perspicacia de aquel viejo sabueso.

El joven tenía la sensación de haber fingido bien, pero estaba seguro de que algo en su actitud podía despertar sospechas.

—Es tu primera gran oportunidad, David. Confío en que salgas airoso de ella.

¡Su primera gran oportunidad! Durante muchas horas, aquellas palabras habían de martillarle el cerebro.

Durante el largo camino en automóvil, teniendo por compañeros a los dos viejos hombres del

F. B. I.,

David había procurado no pensar en otra cosa que en la comedia que estaba representando. Su primer impulso fue rechazar el encargo, disculpándose de no tener suficiente preparación; pero, al cabo, había comprendido que esto era punto menos que imposible.

Antes de hablar con él, estaba seguro de que los dos inspectores habían estado estudiando sus notas, y éstas, en los dos meses y medio transcurridos en la Academia, eran más que excelentes. Le habrían cogido por lo tanto, en una mentira, y tal vez hubieran querido saber la verdadera razón de rechazar «la gran oportunidad» a que el amigo de su familia se había referido y que tantísimos entre todos sus compañeros le envidiarían.

Pensó también en darse de baja, pero esto hubiera sido volverse automáticamente sospechoso, acusar, si bien indirectamente, a alguien que aún no sabía, en realidad, si deseaba proteger o desenmascarar. En su estado de ánimo no podía saberlo aún.

Cuando llegó a casa y preguntó a su madre por su hermano y la madre le respondió, algo dolorida, pesarosa y muy intranquila, que Alex la iba a matar a disgustos, David lamentó por vez primera no haber hablado, no haber acusado a aquel ser de su propia sangre, que tan escasamente, sin embargo, se parecía a él.

—¿Qué pasa, mamá?

—Hace dos días que se marchó y no ha vuelto. ¿Crees que puede haberle ocurrido algo malo?

David estuvo a punto de decirle que todo cuanto de malo le ocurriera lo tendría bien merecido; pero se contuvo ante las lágrimas de la mujer, y recapacitó sobre el pensamiento que acababa de tener de entregar a su hermano. La madre le quería, era el hijo predilecto, pese a ser tan poco acreedor a ello, y David no podía, no quería herirla, no debía destrozar su debilitado y enfermo corazón.

«Es un asesino», se decía David. Y su conciencia le retrucaba:

«Pero también es su hijo, carne de su carne; le adora, y morirá si descubre la terrible verdad. Entonces tú que tanto la quieres, la habrás matado, serás también un asesino».

No podía decidirse. Horas y horas pasó encerrado en su cuarto, sin comer ni dormir. Cuando su vieja le visitaba, fingía estar trabajando.

«Tu deber es hacerlo. Tus escrúpulos son producto de un sentimentalismo mal entendido. A la larga, causarás más mal que bien a tu madre, callando. ¡Traicionarás al

F. B. I.!

¡Serás un traidor al

F. B. I.!».

Era imposible acallar aquellos gritos. Acabaría volviéndose loco.

«No; no soy un traidor. Las especiales circunstancias en que todo se ha producido me han impedido hacer el juramento de rigor. Yo no soy un agente. Sigo siendo un aspirante. No traiciono ninguna promesa, puesto que nada he prometido».

«Tienes que huir de aquí, poner tierra por medio. Quizá no debas acusarle, pero tampoco debes convivir con un asesino. Tu hermano está manchado de sangre. Pide a Helen que se case contigo, funda otro hogar, lejos de éste, vete a él...».

David Gadner pasó un día y una noche terribles. Sus pensamientos le herían como dagas.

Estaban, además, las lamentaciones de la madre, que veía pasar el tiempo sin que el hijo menor volviera.

—¿Qué le habrá ocurrido? ¿Qué será de él?

—No le pasará nada, madre. Muchas veces ha hecho estas cosas. No sé por qué te preocupas.

Había amanecido, y la madre marchó a la calle a hacer sus compras. David quedó solo.

Tomó la pluma y redactó su dimisión. No se sentía con facultades para desempeñar su cometido. A última hora se había dado cuenta. No echaría el sobre al correo. Cuando el inspector Cronwell apareciera por allí, se lo entregaría en propia mano.

Ésta fue su primera idea; pero, en seguida, se dijo que no se encontraba con fuerzas para hacerlo personalmente. Indeciso, rindió su rostro sobre el pliego recién escrito y lloró...

—David, hermano, ¿qué te pasa?

La voz del más pequeño de los Gadner sonó a espaldas del mayor. Como David no respondiera, Alex prosiguió:

—¿Qué ocurre? ¿Ha vuelto a fallarle a madre el corazón?

—El corazón de madre resiste demasiado para los sufrimientos que tú le das. Eres...

—Déjate de sermones, David, y dame un pitillo. No tengo ni un

gramo de tabaco.

—Si hubieras procurado buscar un empleo tendrías dinero para comprarlo sin sacrificar a madre.

—En estos tiempos eso es difícilillo. ¿O crees que no he recorrido fábricas, talleres y oficinas, sin conseguir nada?

David iba a seguir reprochándole al menor, pero la aparición de la madre no se lo permitió.

Ella con lágrimas en los ojos, le llamó mal hijo, descastado, ingrato; le dijo que acabaría matándola a disgustos, y entonces Alex, por toda respuesta, volvió la espalda a la pobre mujer, cruzó el vestíbulo y, una vez más, salió a la calle, encogiéndose de hombros despectivamente.

David la consoló, y ella quiso fingir que no se preocupaba, cuando la realidad era que sus ojos no podían separarse de aquella puerta por donde el hijo acababa de desaparecer.

—No debí reprocharle nada —dijo—. ¿Qué clase de madre soy?

Comieron poco y con desgana. Y toda la tarde se la pasaron en silencio.

La madre, a cada ruido que oía, pensaba que su hijo volvía.

Estaba anocheciendo cuando David se decidió a dejar la casa. Debería ir al encuentro de Helen, de su novia, pues hacía ya veinticuatro horas que estaba en Nueva York y aún no había ido a visitarla ni la había avisado de su regreso.

El anochecer, de primavera, era magnífico. Las pequeñas casas de su barrio humilde, pese a su aparente suciedad, le parecieron hermosas a la luz de los reverberos, que acababan de ser encendidos. Sobre la calle, cruzó un «elevado» con grandes chirridos. A una de las puertas vecinas se asomó Bárbara Cohen, joven de veintidós años, y le dio la bienvenida con una mirada. Sus ojos no se separaron de la alta figura del joven hasta que éste desapareció.

Llegado David a su destino, empujó la puerta del «Blue Star», pensativo. Aún seguía dando vueltas en su cerebro el asunto aquel de su hermano. Tenía en el bolsillo la carta escrita por la mañana pero no se decidía a echarla al buzón. ¡Era tan duro tener que renunciar a la ilusión de toda su vida!

El «Blue Star», donde Helen Gray trabajaba como camarera, era un «night-club» en que abundaban las mujeres descocadas y los

hombres embrutecidos por el alcohol y por las drogas, pero hasta el que solían descender a menudo gentes de Long Island.

Helen Gray, una joven agraciada, fina, de elegante silueta estilizada, se movía entre las mesas como en terreno conquistado, sorteando con una sonrisa o un manotazo los escollos que en forma de hombres la salían al paso con palabras más o menos procaces.

—¡Hola, cariño! —le dijo al verle—. Espera un momento, que en seguida nos vamos.

David Gadner tomó asiento en un rincón. El mismo en que durante tantas veces lo había hecho con anterioridad. Ella volvió, se le colgó del brazo con cierta intrascendencia y emprendieron el camino hacia la pensión donde Helen vivía.

—¿Cómo es que has regresado tan pronto? Si mal no recuerdo, tenías que estar tres meses en la Academia.

David recordando la recomendación del inspector, dijo con cara de circunstancias:

—No han necesitado tanto tiempo para darse cuenta de que no sirvo.

—¿Te han expulsado?

—Me han «calabaceado», que viene a ser lo mismo. Pero dejemos esto a un lado y cuéntame cosas de ti. ¿Me has escrito tan poco!

—¿Qué quieres que te cuente? Estoy harta de esta vida perra... Lo nuestro se va prolongando indefinidamente.

—No vienen las cosas como esperábamos; pero debemos casarnos y esperar juntos la buena racha, que al fin, llegará.

—Eres muy optimista, David —replicó la joven, y después de una breve pausa, añadió—: Yo no me casaré en esta situación. Tú me ofreciste siempre otra clase de vida. Pero ahora, cuando llega la ocasión, ¿qué me das? Tu miseria, tu fracaso. No, David. Yo nunca me casaré con un fracasado.

—Está bien, mujer —contestó David, más asombrado que dolorido—. Al fin y al cabo, yo me he limitado a hacerte una simple sugerencia...

Helen lloraba. David se dio cuenta, por primera vez después de tanto tiempo de que su novia era una mujer incomprensible.

Por asociación de ideas, su mente evocó la simpática figura de Bárbara, y no pudo por menos de confesarse que ésta hubiera

reaccionado de un modo harto distinto, mucho más normal, lógico y humano. Incluso, tal vez, de llorar, lo hubiera hecho de pura alegría. Pero Helen...

—Nunca te perdonaré esta desilusión, David. Tantos años esperando un momento así y ahora, ahora...

V seguía gimoteando.

—Déjate de tonterías, Helen y escucha...

Lo que iba a decir murió en sus labios. Al retirarle del rostro las manos con que se cubría, percibió de pronto que Helen no estaba derramando ni una sola lágrima.

—¿Se puede saber a qué viene toda esta comedia?

—¿Me llamas comedianta? ¿Tendré que sumar un nuevo insulto a los muchos que de ti estoy recibiendo?

—¿Quién te ha insultado ni ha tenido la menor intención de hacerlo? Seamos razonables, Helen.

—No quiero ser razonable, David. Acabo de comprender que no somos el uno para el otro. No puedo resistirte. Es algo más fuerte que yo misma.

—Helen, escucha.

Helen, que echaba ya el paso sobre el primer escalón de su casa, se volvió.

—Hemos acabado, David.

En el vestíbulo, sentada ante una mesa-camilla, la patrona de Helen Gray, sucia y desgredada, hacía solitarios.

—Ahí está ése —le dijo, al pasar, sin ni siquiera levantar la cabeza de los mugrientos naipes.

Helen apresuró el paso y subió las escaleras de dos en dos. Estaba impaciente por llegar. Iba a sacar el llavín, pero una voz, desde dentro habló:

—Pasa, querida.

Helen pasó. La pieza era pobre y mal amueblada: un par de sillas desvencijadas, un lavabo desconchado y un mísero catre de hierro.

—Ya estoy aquí, Alex. ¿Hace mucho que esperas?

—Diez o quince minutos, no sé cuántos. Pero ¿qué importa el tiempo, si al final has llegado?

Chirriaron los muelles del lecho en que Alex había estado sentado, y éste avanzó desde la semi penumbra en que se encontraba hacia la luz que había entrado del pasillo con Helen,

cuya silueta, estilizada y excitante, se recortaba en el vano de la puerta.

—¿Por qué estás medio a oscuras, Alex?

—Porque así pienso mejor en ti, Helen. En ti y en lo felices que somos.

—A costa de la desgracia de otro.

Helen se mostraba un tanto fría; pero era nieve sobre un volcán.

—¿Has roto ya con ese mentecato?

—He roto con él, Alex. Y no sabes cuánto trabajo me ha costado.

—Así es mejor. No podía dormir tranquilo pensando que le estaba traicionando. La conciencia...

La joven dejó su chaqueta sobre una silla, sentóse en el borde de la cama y empezó a quitarse las medias y los zapatos.

—No me hagas reír, Alex. ¿Es que acaso tienes tú conciencia?

—¿Necesito conciencia para quererte? Yo soy tuyo y tú eres mía. Entonces. ¿Para qué necesitamos la conciencia?

—Para no ser crueles con los demás.

—¿Te arrepientes?

—Es tarde para arrepentimientos.

—En ese caso, Helen, bésame.

Helen se resistía, pero acabó por ceder.

CAPÍTULO III

Alex no volvió a casa en toda aquella noche. El que pasó por allí a mediodía, fue el inspector Cronwell, almorzó con ellos y no pudo por menos que extrañarle la ausencia de Alex.

—¿Dónde anda ese tarambana? —preguntó, con cierta simpatía hacia el menor de los Gadner.

La mujer no quiso descubrir sus penas, y explicó como mejor supo el que Alex no estuviera en casa. De sobremesa, mientras la señora Gadner levantaba los manteles, los dos hombres encendieron sendos cigarrillos. Luego, ella marchó hacia la cocina, y el inspector aprovechó la oportunidad para preguntar:

—¿Qué tal tus indagaciones, David?

—No sé nada aún.

Al inspector Cronwell era difícil engañarle, había notado cierto acento de tristeza en la voz de David, cierta expresión de dolor en sus ojos y quiso saber qué lo motivaba.

—He roto con Helen. Eso es todo.

—¿De veras?

—Sí.

—Entonces no puedes dejarte vencer por esa nimiedad. Ya sé que hace años erais novios, que fue tu compañera de colegio, que la conoces de toda la vida, y es duro un desengaño así. Todo eso lo sé; pero, dedícate a tu trabajo. David. Él te compensará de todo.

Gadner agradeció en el alma las palabras de consuelo del inspector, pero más le agradeció aún que se fuera. No podía más. Sentíase un pobre ser sin conciencia bajo la paternal mirada de aquel hombre bueno.

Al quedar solo, sus pensamientos volvieron a enseñorearse de su cerebro hasta fatigarle. Siempre los mismos pensamientos.

Le dolía su deslealtad para con sus jefes, su indecisión: pero le era imposible denunciar a su hermano, no tanto por él cuanto por su madre. Sufría, sufría horriblemente, escuchando las voces de su conciencia.

«Debes decidirte, David. Ésta es una situación insostenible. O delatas al asesino o te haces su encubridor, y, en este caso, debes dejar de pertenecer al

F. B. I.

No hay término medio para ti en este asunto. No trates de engañarte a ti mismo, David...».

Sonó el timbre de la puerta. Antes de que él se moviera, su madre cruzó el vestíbulo y la abrió dejando paso a Bárbara Cohen.

—¿Está David?

—Ahí lo tienes, en el comedor.

A Bárbara le brillaron los ojos, y su agraciado semblante se iluminó. Agatha de Gadner lo sorprendió, e hizo un gesto. Ella no era tonta, y había comprendido desde hacía tiempo la muda adoración que Bárbara sentía por él.

«¿Está David?». «¿Puedes acompañarme un momento, David?». «¿No se enfadará David si le interrumpo?».

Éstas eran las preguntas invariables de Bárbara cada vez que se presentaba allí. Luego, con cualquier disculpa, se ponía a dialogar con él, sin ninguna prisa por marcharse.

En aquel momento la disculpa fue un reloj. Se le había parado a su padre y quería que David se lo arreglara, si no estaba muy ocupado.

El joven, por toda respuesta, acercó una de las sillas del comedor a la mesa frente a la cual estaba sentado cuando Bárbara entró, se puso a desarmar el reloj, mientras ella le preguntaba cosas de la Academia.

La madre sonrió un poco triste, al comparar en su interior la bondad ilimitada de este hijo suyo, con la escasa de que el otro daba muestras, y siguió sus quehaceres en el fregadero.

Al cabo de unos minutos, David se incorporó; el reloj estaba armado y funcionando.

—No tenía más que un poco de polvo. El mecanismo de los relojes es tan delicado como un corazón.

—Adiós, tía Agatha; me voy ya, y perdone.

Bárbara no tenía ningún parentesco con la mujer, pero desde niña se había acostumbrado a llamarla así.

Se oyó un leve quejido por toda respuesta. David y Bárbara corrieron hacia el lugar de donde aquél provenía.

La señora Gadner yacía derrumbada sobre un sillón, con el rostro desencajado y extraviada la mirada. Bárbara no tuvo más que ver el aspecto de la mujer para comprender la alusión de David. El corazón de su madre funcionaba mal.

—¿Le pasa esto a menudo? —preguntó, asustada.

La enferma tenía engarfiadas sus manos cerúleas sobre la tela de la blusa; jadeaba.

—¿Has tomado tu medicina?

La señora Gadner asintió, más con los ojos que con la voz. Luego indicó con un gesto el tubo de comprimidos desparramados a sus pies.

Se rehacía lentamente. El color volvía a sus labios y a sus mejillas. Se incorporó trabajosamente y se dirigió a la alcoba, apoyada en su hijo y en Bárbara.

La estaba empezando a acostar, cuando sonó el timbre.

—No te molestes. David; yo abriré.

Era Alex. Traía el sombrero echado hacia atrás, la chaqueta desabrochada, el nudo de la corbata deshecho, las manos embutidas en los bolsillos del pantalón y un cigarrillo, torcido y apagado, en la comisura de los labios.

—¡Hola! ¡Si está aquí Bárbara! La encantadora, la simpática, la celestial Bárbara. ¿Cuándo se va a dar cuenta ese tonto de que estás «colada», por él? Si yo estuviera en su lugar... Pero... ¡chitón! Ésas son cosas que no se pueden decir. Sería ofender a la princesa.

—¡Estás borracho! —Le lanzó Bárbara al rostro.

—Bueno, ¿y qué? ¿Es que no puede uno beber hasta empaparse cuando se está contento? V yo estoy contento, sí, señor. Te voy a decir un secreto, Bárbara. He estado celebrando mi luna de miel.

—Tu madre está enferma. Habla más bajo por favor.

—¡Chis! Más bajo, bajito...

—¿Quién es, Bárbara? —preguntó, desde dentro de la alcoba, David.

—Alex.

David se asomó a la puerta y vio a su hermano despatarrado en

el vestíbulo. La sangre le hirvió en las venas, y estuvo a punto de congestionarle.

«¡Independiente! —No pudo por menos de murmurar para sí—. ¿De dónde habrá sacado dinero para emborracharse?».

Alex ocupaba un pequeño cuarto junto a la cocina. Su hermano le cogió por un brazo, le obligó a caminar hasta su catre y allí lo dejó mascullando palabras ininteligibles, mientras se despojaba de la americana y los zapatos.

David se reunió con Bárbara en el pasillo y la acompañó hasta la puerta. Al despedirse, la joven se ofreció.

—¿Quieres que vaya a avisar al médico?

—No, gracias; por ahora, no. Si es necesario, ya iré yo en un momento.

—Si me precisas, no dejes de llamarme, David.

Había un deseo tan íntimo y apasionado de servir que David prometió hacerlo.

Iba éste a cerrar la puerta, una vez que Bárbara hubo salido, pero se quedó suspenso al ver que el cobrador, de la nevera que su madre había comprado a plazos, subía resoplando. Le hizo pasar, le invitó a que se sentara en la alcoba.

—Es el cobrador de la nevera —dijo—. ¿Dónde tienes las llaves de la cómoda?

—En el bolso de mi delantal, creo.

David buscó en vano donde su madre había dicho. Al fin las vio caídas bajo un mueble.

Abrió la cómoda, sacó el cofrecillo donde la mujer guardaba sus ahorros; pero... ¡el cofre estaba vacío! Revolvió la ropa, los papeles, y nada.

Ante esta realidad, David tuvo una súbita inspiración. Recordó la borrachera de su hermano, y sintió un estremecimiento. Salíó precipitadamente y pagó de su bolsillo al cobrador.

Cuando éste hubo marchado, se dirigió a la habitación de Alex, dejando a su madre sumida en amargas reflexiones.

David agarró a Alex de la pechera de la camisa, cuyos botones saltaron; le medio incorporó en la cama y le zarandeó fuertemente.

—¿Y el dinero de madre? ¿Dónde está el dinero?

Alex disimuló. Las huellas de la borrachera parecían habersele borrado fulminantemente.

—¿De qué dinero me estás hablando?

—Del que le has quitado a ella.

—Estás equivocado. Yo no he cogido dinero a nadie.

—¡Embustero! ¡Ladrón! ¡Sí, ladrón y asesino! Te aseguro que ésta será la última «faena» que hagas en tu vida. Te llevaré a la cárcel, morirás en la silla eléctrica, como lo que eres... Te salió mal tu primer golpe. Tú y tus compinches no pudisteis llevaros nada del Banco Federal del Estado, pero matasteis al cajero. Creíste más fácil robar a madre, y lo has hecho. ¡Asesino! ¡Ladrón!

David estaba fuera de sí. Hablaba, gesticulaba, gritaba como un poseso, sin medir el alcance de sus propias palabras.

—Estás loco, David. No sabes lo que dices.

—Sé lo que me digo, y ojalá no lo supiera tan bien. ¡Mira estas fotografías! Ve si reconoces a alguno de éstos... Son los que asaltaron el banco y mataron a dos hombres: al cajero y a un transeúnte. Mira, especialmente, a ése del centro, y di ahora que estoy loco, que no sé lo que digo. ¡Miserable!

David arrojó a Alex contra las almohadas, y, furibundo, se puso a registrar las ropas de su hermano. Sólo consiguió hallar unos billetes arrugados y pringosos de *whisky*.

—Devuélveme el dinero que no te hayas gastado, Alex. Dónde vas a ir no lo necesitas.

Brillaba una llama desconocida en los ojos de David.

—Lo he gastado todo, menos esos cuantos billetes pequeños. Fue una mala tentación, David. No lo volveré a hacer más.

—O devuelves lo que has robado, Alex, o te daré tan tremenda paliza que no podrás olvidarla en toda la vida.

—No lo intentes siquiera, por si acaso —dijo el menor, saltando de la cama y poniéndose en guardia.

—¿Te atreves a desafiarme todavía?

La primera puñada la recibió Alex en la boca del estómago, y al curvarse por efecto del golpe, David, con las dos manos juntas, le castigó la nuca. Cayó a tierra Alex; pero en seguida sacudió el letargo que amenazaba aprisionarle y se aprestó a la lucha.

Fue una pelea sorda, desesperada, desconcertante, sin norma ni cánones científicos. Mordiscos, arañazos, puntapiés, retorcimientos de músculos, ganchos, directos...

Alex era fuerte, pero la conciencia de culpabilidad le hacía

mostrarse débil bajo el aluvión de golpes de su hermano. No obstante, desesperadamente, se esforzaba por salir lo mejor librado posible de la tremenda reyerta.

Llegó un momento en que, retrocediendo, ambos contendientes salieron a la escalera. Fue entonces, cuando su madre, desencajada y temerosa, se asomó a la puerta de su cuarto.

—¿Qué hacéis, hijos? —preguntó, con la voz rota por la congoja.

Ninguno respondió. Se habían enzarzado a brazo partido y rodaban ahora por los escalones hasta el descansillo. La madre lanzó un grito desgarrador:

—¡Hijos! ¡Socorro! ¡Piedad!

Mientras hablaba, la señora Gadner se había agarrado a la balaustrada, incapaz de dar un solo paso. Quiso repetir sus palabras, pero éstas se negaron a salir de su garganta. Arrastró entonces los pies pesadamente y se acercó a la escalera, respirando con dificultad.

David estaba debajo. Con la rapidez del rayo esquivó un golpe de puñal que Alex había querido descargar sobre él. En un esfuerzo supremo consiguió darle la vuelta y le arrebató el arma. Cuando lo tuvo inmovilizado con una magnífica llave, alzó el puñal con intenciones de atravesar el corazón de su hermano.

—¡Déjale, David! ¡No hagas eso, por favor!

El grito había salido del alma de la madre. Un grito desgarrado, infrahumano, con largos trémolos de congoja y agonía.

Algunos vecinos, atraídos por los gritos se acercaron a los dos contendientes; pero ya no era necesario separarlos. Un suceso había obligado a David a soltar su presa. La mano derecha de la madre se había aferrado al pasamanos y su izquierda engarabitándose sobre la bata, a la altura del corazón. Tenía los ojos desorbitados, el rostro palidísimo y los labios exangües.

Intentó hablar de nuevo, pero no pudo. Se le doblaron las piernas, giró sobre sí misma, y su cuerpo gastado rodó escaleras abajo, hecho un ovillo de ropas en desorden, hasta quedar inmóvil, con los brazos extendidos, junto al descansillo.

Alex, desgarrado, sangrante se incorporó y escapó corriendo, sin esperar a saber qué había pasado. David, por su parte, también sangrando por algunas ligeras heridas, se arrodilló delante de la autora de sus días, y abrazó con frenesí su tronchada cabeza.

Dulce, muy dulcemente, entre sollozos, repetía:

—¡Madre! ¡Madre! ¡Madre mía...!

Pero su madre ya no le oía. Estaba muerta.

CAPÍTULO IV

Helen curó las heridas y contusiones de Alex, y tembló ante las palabras de venganza que murmuraba ante la palidez que se había extendido por su cuerpo.

Apenas había terminado su trabajo llamaron a la puerta. Alex, instintivamente, se llevó la mano a la pistolera de axila, mientras hacía un signo de cabeza a Helen para que abriera.

—Deben de ser «ésos» —dijo.

Pero aun así, no quitó la mano de la culata de su pistola.

«Ésos» eran tres jóvenes como Alex, que Helen no tardó en reconocer. Hijos del barrio, se habían criado juntos y sabía de sus muchas ambiciones y mala sangre.

—Ve a traer una botella de coñac, Helen, y tarda un poco en volver. Los muchachos y yo tenemos que hablar.

Helen sintió una profunda decepción ante el tono empleado por Alex, pero no lo dio a entender. Resignada, bajó las escaleras y salió a la calle.

En el vestíbulo, como siempre, vio a su patrona frente a sus naipes mugrientos y su botella de licor.

Ante aquella estampa la muchacha pensó cómo sería ella cuando llegara a su edad, si seguía con Alex, con aquel amor de perdición que la había hecho despreciar el de David.

Mientras tanto, Alex, por todo preámbulo, había dicho a los visitantes:

—Os he mandado llamar porque tengo entre manos un excelente asunto. Éste sí que no fallará.

—¿De qué se trata?

—Del «Blue Star». Hoy es sábado, y los sábados suele tener una buena recaudación. De veinticinco a treinta mil dólares. Helen me

lo ha dicho. También me ha dicho dónde los guardan.

—¿Cómo te has enterado?

—Ese italiano pretendía a la chica y ha querido deslumbrarla. Helen me lo ha confesado. Ayer por la tarde fue uno de los días en que el cerco resultó más duro. Llegó a darle una llave de la puerta del «Blue Star», por si se decidía a visitarle «fuera de las horas de trabajo». Ahora esa llave está en mi poder.

Alex hizo una pausa, y miró a los otros lleno de vanidad. Éstos le animaron a proseguir.

—La caja fuerte la tiene en el dormitorio. Para llegar hasta ella será necesario pasar por la sala de juego. En ésta habrá un hombre: el guarda nocturno. Le reduciremos, y si para ello hay que matar, mataremos.

—De acuerdo.

—Después existen unas cortas escaleras de caracol. Delante de la alcoba de Pietro Bertini, encontraremos un nuevo obstáculo: su guardaespaldas.

—Lo suprimiremos también. Este individuo es más peligroso. Tendremos que apuñalarle mientras duerme, so pena de armar un buen jaleo al reducirlo.

—Lo apuñalaremos.

—Lo que viene después es lo más fácil. Ya sabéis cómo es el dueño del «Blue Star»: ladino, escurridizo, pero débil. Bastará con que lo amenacemos para que nos dé, acto seguido, la clave de la caja.

—No parece muy difícil, efectivamente.

—Ya os lo he dicho. Esta vez no ocurrirá como con el Banco Federal.

Alex Gadner se había asomado a una de las ventanas y miraba la perspectiva de tejados y azoteas. Allí cerca, como en un telón de fondo, estaba una de las muchas iglesias católicas que hay en Brooklyn.

De pronto, las campanas empezaron a doblar a muerto. Pero Alex no hizo caso. Se volvió una vez más, a sus compinches, y prosiguió:

—Ahora, los últimos detalles.

Durante varios minutos los cuatro estuvieron discutiendo sus planes. Hasta que Helen llegó, desencajada, con su botella de coñac.

Intentó llenar unas copas, pero le fue imposible hacerlo. Sus manos temblaban de tal modo que derramó el líquido.

—¿Qué es lo que te pasa? ¿Has visto algún fantasma?

Helen ocultó la cara entre las manos, sollozando, al fin.

—Yo quería a tu madre, Alex.

—¿Qué quieres decir?

—¿No has oído doblar las campanas? Era por ella. ¡Tu madre ha muerto, Alex!

El joven se quedó cortado. Su palidez se acentuó. No por la noticia en sí, sino por lo que la muerte de su madre significaba para él.

Pese a cuanto su hermano había hecho y dicho, Alex tenía la certeza de que su madre le serviría de salvaguarda. Ella impediría a David, ya se lo había impedido con anterioridad, confesar lo que sabía.

Pero ahora era distinto. Su madre había muerto, y él era culpable de aquella muerte. David debería de estar iracundo, fuera de sí, deseoso de desquite, y ese desquite, aunque después, en el fondo, se arrepintiera, llegaría.

Su vida peligraba. Si era detenido y juzgado, su fin sería la silla eléctrica.

Apretó los puños hasta hacerse sangre y rechinó los dientes como un condenado. Una idea siniestra se iba abriendo camino en su cerebro. Matar a su hermano, cerrar su boca, antes de que hablara. Vida por vida, prefería la suya, con todas sus miserias y todas sus alegrías.

Él, al fin y al cabo, la había entendido la había gozado y quería seguir gozándola. El dolor no se había hecho para él, ni tampoco la pobreza. Sería tan rico al precio que fuera, cayese quien cayese. La tierra, con ser tan ancha, no tenía cabida para los dos. Uno de ellos sobraba, y Alex estaba dispuesto a ser él quien continuara sobre ella.

Los otros quisieron consolarle, pero se encontraron con una brusca respuesta:

—No es a mí a quien tenéis que consolar; consolaos vosotros mismos. Mi hermano sabe quiénes asaltamos el banco, quiénes matamos al cajero y a aquel imbécil de transeúnte. Me lo ha confesado hace unas horas.

—¿Cómo no lo has dicho antes?

—Yo estaba tranquilo, en lo que cabe. Quería mucho a mi madre, y yo sabía que no sería capaz de delatarme mientras ella viviera. Ahora es distinto. Ella ha muerto, y estamos condenados.

—Tenemos que hacer algo.

—Claro que lo haremos. ¿Estáis conmigo para lo que yo ordene?

Los tres jóvenes, consternados, asintieron en silencio, incapaces de modular palabra.

—Pues bien —prosiguió Alex—: una vida por todas. Que muera él para salvarnos nosotros.

Las pupilas de Alex miraban con dureza diamantina. Incluso a aquellos desalmados les parecía monstruosa la idea. Helen lanzó un grito.

—¡Eso no puede ser, Alex! Hay otra solución; huir. Tal vez él nunca se decida a descubrirnos.

—No podemos correr ese albur. Ahora mismo volveré a casa. Me presentaré allí compungido, le pediré perdón, demandaré clemencia, y así ganaremos un poco de tiempo. Hasta que mi madre no sea enterrada no creo que él hable. Pero ya para entonces no podrá hacerlo. Si veo algo sospechoso en él durante esta noche, yo mismo le suprimiré; de lo contrario, ya os avisaré con lo que decida...

—No, Alex —suplicó Helen—. No hagas eso. ¿Qué clase de monstruo eres? No olvides que es tu hermano.

—Es mi vida la que está en juego. Mi vida y la de mis amigos —rectificó—. Eso es lo único que recuerdo.

—Te lo ruego, Alex. No intentes una cosa así. No hagas que me arrepienta de haberte querido. ¡Alex, por favor, no lo mates!

Alex sonrió con sonrisa demoníaca.

—Comprendo —dijo—. Es a él a quien quieres. Nunca me has querido a mí. Fue una debilidad que ahora lamentas. Por eso deseas salvarle sin importarte que yo muera..., que nosotros muramos. Pero no te haré caso. Mi decisión está tomada. ¡Su vida, ya lo he dicho, por la nuestra!

—No lo harás. No podrás hacerlo. Le avisaré. No te dejaré acercarte por aquella casa, que ha albergado en ti a una víbora.

Alex se mordió los labios. Un brillo siniestro pasó por sus ojos.

—Serías capaz, desde luego; pero no lo consentiré.

—¡Quisiera saber cómo podrás impedírmelo!

Por toda respuesta, Alex ordenó a sus hombres, que miraban la escena sin atreverse a intervenir:

—¡Atadla bien! ¡Amordazadla! La encerraremos en el ropero hasta mañana. Es una fierecilla, pero yo la domaré.

Como intentara agarrarla y ella se defendiera dándole un mordisco, Alex la abofeteó sin piedad, hasta verla caer sangrando al suelo.

—¡Maldito! ¡Maldito! —gritaba ella, entre sollozos.

Y como uno de sus amigos torciera el rostro ante el lamentable incidente, le animó a no tener demasiados escrúpulos.

—El que no sienta aprecio por su vida puede tenerlos. Yo amo mucho la mía para detenerme en estas pequeñeces. Helen, ya lo habéis oído, echaría todo a rodar si la dejáramos libre.

Ninguno se atrevió a contradecirle. Ni siquiera el que más reacio se había mostrado y la amordazaron fuertemente, ante la pasividad de Alex, que la miraba con cierto incontenible desprecio.

Segundos más tarde, Helen era arrojada como un fardo en el pequeño cuarto ropero.

Después de esto, los cuatro salieron a la calle, sin preocuparse más de la joven. Cada cual tiró por su lado, y las sombras nocturnas que empezaban a caer sobre la ciudad los fueron tragando a todos.

A las doce de aquella noche un magnífico coche negro, reluciente, paraba delante de la humilde pensión de Helen.

Un hombre como de cuarenta años, alto y delgado, muy pálido, bajó de él y golpeó la puerta con el puño de oro de su bastón, ya que, debido a la oscuridad que reinaba ante ella, no había podido alcanzar el timbre.

Iba vestido de etiqueta y se tocaba con un alto sombrero de copa, que se quitó cuando la dueña de la casa salió a abrir, después de refunfuñar un buen rato a través de la mirilla y preguntar «qué demonios quería».

—Abra, señora Donald. Soy su vecino, Pietro Bertini. A la vuelta de la esquina está mi club, en la avenida P. El «Blue Star», se llama. Desearía hacerle unas preguntas.

—No son horas éstas de hacer preguntas a la gente —refunfuñó la mujer—; pero le contestaré a lo que sea.

—Gracias, señora Donald.

Franqueada la entrada, el italiano echó una mirada de reojo a cuanto le rodeaba, y se dijo que, cómo viviendo en aquel tugurio Helen había rechazado las comodidades que él había estado ofreciéndole durante largo tiempo. Si esto le causó asombro, más le asombró aún el saber que alguien, un hombre, participaba de aquella miseria.

—Pero ahora está sola —dijo la mujer, con locuacidad, gracias a un billete que Pietro Bertini tuvo el buen acuerdo de entregarle—. Si quiere subir a verla y darle una buena sorpresa, se lo autorizo. Y, además, le prestaré mi llave maestra.

—No tengo un gran interés. Sólo quería saber por qué no ha ido hoy por el «Blue Star».

—Estaba usted intranquilo por ella, ¿eh? —dijo la patrona, con sorna—. Seguramente su cafetín no podía sostenerse sin sus servicios. ¡Hay que ver qué cosas ocurren en el mundo! Ande, ande; no sea hipócrita y suba. De usted para mí, le diré que esa chica es demasiado guapa para ese Alex Gadner, roñoso y presumido.

Y sin que mediara una palabra más entre los dos, empujó al hombre hacia la escalera y le puso la llave maestra prometida en la mano.

Pietro Bertini, mientras ascendía, fue diciéndose que todo había salido a pedir de boca.

Llegó a la puerta que la mujer le había indicado y no se atrevió a trasponerla sin antes llamar. Pulsó el timbre, pero nadie le respondió.

Miró hacia abajo. La patrona, consciente de su papel celestinesco, había desaparecido.

Repitió la llamada por dos veces, metió la llave en la cerradura abrió y se introdujo dentro.

La luz estaba apagada, pero por la ventana que daba al patio entraba una claridad lechosa que iluminaba la estancia. Antes de dar un solo paso en el interior, preguntó:

—¿Estás ahí, Helen?

Como nadie le respondiera repitió la pregunta. El mismo resultado.

Iba a salir, pensando que allí, pese a lo dicho por la patrona, no había nadie, cuando le llamó la atención un ruido procedente del ropero.

Se acercó al mueble, lo abrió, y en seguida se inclinaba sobre Helen, a la que desató y des amordazó.

Toda la seguridad en sí mismo de que había dado pruebas anteriormente con la dueña de la pensión se derrumbó frente a la joven y tuvo que disculparse:

—Espero que me perdones, Helen; pero como no has aparecido esta tarde por el «Blue Star», temí que te sucediera algo, una enfermedad grave, por ejemplo. Por eso he venido. Fui a la ópera solo, y me aburrí soberanamente. Entonces pensé acercarme a verte, y parece que he llegado en el momento oportuno.

Helen Gray no respondió. Apenas si se había dado cuenta del significado de aquella visita. Sentíase aún vejada, humillada. Y esta sensación de humillación creció al percibir que las magulladuras de su rostro atraían preferentemente las miradas del italiano.

—¿Qué es esto? ¿Te han pegado, Helen? ¿Quién ha sido?

—Alguien que tenía derecho a hacerlo —respondió, con dureza, la joven—. Y ¡váyase de una vez! No quiero que él vuelva y le sorprenda aquí.

—¿Quién es él? —preguntó Pietro, por decir algo, puesto que ya lo sabía por boca de la patrona.

—No le interesa.

—De acuerdo: no me interesa. Pero ven conmigo al «Blue Star». Allí te curarán esas magulladuras. Confía en mí, Helen. Al menos por esta vez.

La muchacha le miró de arriba a abajo. En sus ojos había profunda decepción, mucho desprecio hacia los hombres y sus métodos de conquista.

—Puedo hacerlo sola. Gracias por su «desinteresado» ofrecimiento —recalcó la frase.

Pietro Bertini estuvo unos segundos mirándola en silencio. Se preguntaba si podía ser que una vez más, hubiera perdido la partida con Helen, cuando escuchó que ésta sollozaba, lamentándose de que todos los hombres fueran iguales. La mujer no significaba para ellos más que un capricho, un pasatiempo, un objeto de lujo que exhibir vanidosamente.

—Tienes razón, Helen —admitió el italiano, con un gran esfuerzo—. Tú has ganado, Helen. Hasta hoy siempre te ofrecí joyas, dinero. Ahora te ofrezco mucho más: te ofrezco un nombre,

mi nombre. Es imposible luchar contra lo inevitable. Mi vida y mi corazón te pertenecen, están en tus manos, Helen, contéstame, ¿quieres casarte conmigo?

Helen Gray había escuchado como entre sueños estas palabras. Comprendió, de pronto, que aquello era lo que estaba esperando oír de los labios de Bertini desde que éste comenzó a hacerle la corte, más de seis meses atrás.

No había sido el amor de David, ni mucho menos la ciega pasión por Alex, lo que la había mantenido en su actitud frente a las sugerencias del dueño del «Blue Star». Había sido una prevención insuperable a ser una de tantas en la vida del italiano.

Pero lo que acababa de pasar cambiaba radicalmente su forma de pensar. Le miró a los ojos. Había en ellos súplica, anhelo y emoción. Recordó entonces los malos tratos de que había sido víctima poco antes por Alex, y se dijo que con éste no podía alcanzar la felicidad que tanto tiempo hacía que venía buscando.

Tuvo piedad de sí misma y de aquel hombre que ansiaba la libertad sobre todas las cosas y que, sin embargo, se había rebajado ante ella, elevándose en su aprecio, hasta ofrecerle la para él prisión del matrimonio.

—¿Te alegrará mucho tenerme por mujer? —le tuteó de improviso, por primera vez.

Pietro Bertini asintió con la cabeza.

—Entonces, a partir de mañana, cuando tú quieras, nos casaremos.

—Y ¿por qué no esta misma noche?

—Tengo algo que hacer esta noche. Voy a dar una lección a cierto individuo. Una lección que no olvidará tan fácilmente.

—¿De qué se trata?

A grandes rasgos, mientras se cambiaba de vestido, Helen contó lo que Alex intentaba hacer con David, y cómo se había enterado de que su novio era el que, en unión de otros tres amigos, habían asaltado el Banco Federal y asesinado al cajero y a un transeúnte.

—Se trata de poner sobre aviso a David, pues saben que éste los ha descubierto e intentan cerrarle la boca. De paso haré una visita a cierta persona. Me quería más de lo que me merecía, y la pobre se ha muerto.

—Te llevaré en mi coche, y esperaré donde me digas.

Helen aceptó el ofrecimiento. Salieron a la calle y el italiano puso el coche en marcha. De pronto, al torcer hacia Coney Island, para desde aquí subir al grupo de casitas baratas que formaban el barrio de David, otro vehículo que venía en dirección contraria se les echó encima violentamente. La colisión fue terrible.

La joven perdió el conocimiento, que no había de recobrar hasta el amanecer, en una de las mejores clínicas de Brooklyn. Pietro Bertini, con algunas magulladuras de poca consideración, no se separó de su lado en todo momento, pendiente de sus menores movimientos. En verdad, aquel hombre era feliz con el amor recién conquistado.

CAPÍTULO V

La casa mortuoria se había llenado en seguida de vecinos. La señora Gadner era muy apreciada en el barrio y todo el mundo quiso verla, desfilando ante su capilla ardiente.

Bárbara Cohen y su padre no podían faltar. David se mostraba inconsolable. Andaba de un sitio para otro con movimientos maquinales, rechazando en su fuero interno esa vieja costumbre que no le permitía estar a solas con su dolor.

El golpe, para David, había sido terrible. Nunca pensó, antes de perderla, que pudiera quererla tanto, que pudiera echar tanto de menos su presencia carnal. La convicción de que nunca más volvería a verla le hacía insufrible la compañía de aquellos muebles, de aquellas cosas que le rodeaban, y que antes, con la misma indiferencia, habían rodeado también a su madre.

Alex entró en la estancia en que se encontraba el cadáver, y las miradas de todos incidieron sobre él. Cualquier ser de corazón menos endurecido hubiera sentido la confusión propia del momento; pero Alex, no.

Aunque su mirada se humanizó un poco a la vista del cadáver, no dejó de pensar en lo que se jugaba y en que debía estar, no a la altura de las circunstancias, sino por encima de ellas.

David le impidió besar a su madre, cuando intentaba hacerlo.

—No, Alex —masculó en voz inaudible para todos, menos para el que iban dirigidas las palabras—. No manches con tu aliento ese rostro, que la muerte ha serenado.

El otro le miró iracundo. David prosiguió:

—Y lamento que esto haya ocurrido, porque tú la sobrevivirás poco tiempo. Mañana, en cuanto la hayamos enterrado, procederé a tu detención. Como agente del

F. B. I.,

te encarcelaré y procuraré que te sienten en la silla eléctrica, acusado de asesinato.

Alex inclinó la cabeza. En el mismo volumen de voz, fingiendo un infinito tono de pesadumbre, respondió:

—No será necesario que te violentes, hermano. Mi presencia aquí en estos tristes instantes, debiera decirte bien la medida de mi arrepentimiento y mi dolor. Después del entierro, yo mismo me entregaré.

David notó un no sé qué de irónico en las palabras de su hermano, pero no estaba en disposición de captar cuanto de falso hubiera en ellas. Hizo, pues, caso omiso de la presencia del criminal y continuó sentado junto a la muerta, con Bárbara a su lado, que intentaba animarle siempre que tenía ocasión.

La noche fue avanzando inexorablemente.

El padre de Bárbara, Charles Cohen, había sido el encargado de preparar todo lo necesario para el entierro y funerales y allí estuvo también hasta bien pasadas las doce.

Al fin, todo el mundo, incluso Bárbara, se marchó, quedando solos los dos hermanos.

Alex salió al pasillo para encender un cigarrillo y meditar. A la vista del cadáver de su madre no podía hacerlo. Pensaba sin querer en la monstruosidad de sus planes.

Fumó ansiosamente. El tiempo pasaba y Alex no llegaba a un acuerdo consigo mismo.

De pronto extrajo su pistola, adosó a ella un silenciador y la guardó de nuevo en el bolsillo. No se atrevía a disparar en aquella estancia fúnebre, pero lo haría en cuanto su hermano la abandonara para cualquier cosa.

Así transcurrió una, dos horas. En vista de que David no se movía del lado de la muerta, Alex decidió. Aquella noche era la ocasión. No podía dejarla escapar si en algo estimaba su vida y su libertad.

Agarrando con decisión dentro del bolsillo la pistola, volvió a cruzar el umbral.

David estaba de espaldas a él, bien ajeno a la amenaza de muerte que se cernía sobre su cabeza. Podría acercarse a su víctima cuanto quisiera, casi apoyar el cañón en su nuca. Hizo lo primero,

pero fue incapaz de hacer lo segundo.

Pensó en las consecuencias posteriores de su acto y se dijo que su plan adolecía de un error. ¿Qué adelantaba con matarlo, si luego tendría que responder de su crimen? Porque lo difícil de todo era hacer desaparecer el cadáver de su hermano sin levantar sospechas.

Salió de nuevo al pasillo. Había que buscar otra solución en que él estuviera a cubierto de todo. Y la halló por fin.

Salió a la calle y entró en una cabina telefónica.

—Oye, George. Avisa a los otros y acercaos por acá. Estamos David y yo solos. Dejaré la puerta abierta. Vosotros no tenéis más que subir y liquidarlo. Yo lo he intentado varias veces, pero...

—Yo lo haré por ti, Alex. No te preocupes.

—¡Ah! Otra cosa. Si falla el golpe de esta noche, procurad que mañana no ocurra así. El entierro será a las doce, en el Greenwood Cementery. Pasará la comitiva por la Coney Island Avenue. Vosotros os apostaréis en la Foster. Ya conocéis a mi hermano. Yo iré un poco separado de él, por si acaso. Tirad a matar y sin miedo. No olvidéis que si no lo suprimimos, él nos suprimirá a nosotros.

—De acuerdo, Alex. ¿Algo más?

—Eso es todo.

—Estaremos ahí en seguida.

Alex colgó el micro y se dispuso a esperar los acontecimientos.

Ahora sí que la suerte de David estaba echada. Ajeno por completo a cuanto se le venía encima, ni tiempo tendría de defenderse. Unos cuantos balazos en el cuerpo, asunto concluido. Así, tan sencillamente.

Entró sonriendo en la habitación, pero quedóse desagradablemente sorprendido al encontrarse con el inspector Cronwell.

—He estado haciendo un servicio por este barrio —dijo—, y me enteré de la desgracia. Vine en cuanto he podido.

Alex se lo agradeció con una sonrisa hipócrita.

—¿Qué ocurrió? Estuve yo aquí a mediodía, y...

—El corazón, señor Cronwell.

—Ya sé que padecía del corazón, pero tiene que haber recibido una impresión fuerte para morir tan de súbito. ¿Por qué reñáis vosotros dos...?

Alex leyó una velada amenaza en los ojos y en la voz del

inspector.

—Pregúntele a David —dijo—. Él le responderá mejor que yo.

El del

F. B. I.

se volvió hacia el mayor de los Gadner, mientras el menor retrocedía dos pasos, hasta ponerse a espaldas de ambos.

Disimuladamente los estaba encañonando desde el bolsillo, decidido a disparar si veía que David se mostraba propicio a decir la verdad. Pero no fue así.

—Ya sabe usted que mi hermano ha estado sin venir por casa varios días. Hoy, cuando regresó, se lo eché en cara. Él me contestó de mal talante, y nos enzarzamos. Madre nos sorprendió luchando y no pudo resistir el tremendo choque.

—Sí, fue algo muy desagradable, inspector —intervino Alex con un suspiro, mientras avanzaba otra vez hasta ponerse a la altura de los otros.

El inspector Cronwell, por toda respuesta, miró alternativamente a los dos hermanos y se rascó la cabeza.

En aquel momento, el fino oído de Alex, que estaba a la expectativa, percibió que alguien subía, y pensó que, en realidad, la presencia del hombre del

F. B. I.

no alteraba sus planes más que en lo concerniente a elevar el número de los destinados a morir.

Salió de la estancia mortuoria. Quería estar cuanto más retirado mejor de la trayectoria de las balas de sus amigos y, además, poderlos coger a ellos por la espalda en el momento preciso.

Los vio entrar de puntillas y les hizo señas del lugar a que tenían que dirigirse y de que tendrían que habérselas con dos personas en vez de con una. Los otros se encogieron de hombros. Puestos a matar, lo mismo les daba uno, dos que tres.

Se oyeron sendos «clip» al ser montadas las automáticas y algo, un sexto sentido quizá; anunció al inspector que un peligro acechaba. De dos trancos se puso bajo el dintel, y apenas si tuvo tiempo de dar un grito de aviso a David.

Tres balas se incrustaron en su pecho y una especie de laxitud le invadió. Intentó sacar su pistola de debajo del sobaco, y aún no lo había conseguido cuando nuevos disparos perforaron su vientre.

La mano izquierda bajó instintivamente a esta última parte de su cuerpo, intentando en vano taponar los terribles orificios. El titán se inclinaba hacia tierra.

Hizo un esfuerzo y levantó la mano armada. Salió un disparo, y uno de aquellos hombres cayó hacia adelante, doblado por la cintura.

El inspector volvió a sentir en su carne las candentes mordeduras de más proyectiles, y no llegó a caer porque ya David, milagrosamente respetado por los tiros, le arrastraba hacia el interior.

El viejo lobo del

F. B. I.

se dio cuenta, por su parte, de que la vida se le escapaba a borbotones por media docena de heridas mortales de necesidad. Apretó los labios para contener la sangre que pugnaba por salir de su boca, mas unos hilillos carmesíes asomaron a sus comisuras, escurriéndole por la barbilla.

Un último y supremo esfuerzo por levantar el arma, pero le fue imposible. Entonces, David Gadner se la arrebató —él estaba desarmado— y enfiló la puerta de la estancia fúnebre, donde se recortaban ya las siluetas de los dos malhechores supervivientes.

Éstos dispararon sobre él y alcanzaron una vez más al inspector en el momento en que aquél intentaba colocarse sobre uno de los sillones. Y allí quedó, muerto, con la cabeza caída hacia atrás y una expresión de dolorosa agonía en sus ojos.

David se arrojó al suelo en el instante en que los otros repetían sus disparos. Un balazo le alcanzó la paletilla izquierda, con salida por el costado.

Casi al unísono, su automática detonó, y uno de los que entraban se vio impelido a retroceder hacia el pasillo con un visible impacto sobre la tetilla, milímetros por encima del corazón.

Una mancha roja iba agrandándose por segundos, escurriéndose por entre los dedos, que instintivamente intentaban arrancarse de allí aquella cosa candente que le mataba.

Se repitieron los disparos con silenciador del último bandido, que vio gozoso cómo David se revolvía en el suelo, alcanzado nuevamente cuando intentaba, vacilante, volver a tomar puntería.

El «gángster» le miró una fracción de segundo, con la pistola

dispuesta y los ojos muy atentos alegrándose en aquella agonía y sin deseos de rematarlo tan pronto.

Al fin le vio quedar inmóvil junto a la descalzadera, a los pies del inspector, con la mano engarabada y rígida sobre su arma.

Se volvió, brillante la mirada, y abrió la boca para dar la buena nueva a Alex. Pero su otro malherido compañero acababa de lanzar la voz de alarma al sentirse alcanzado por la espalda:

—¡Traición, George! ¡Sálvate tú y véngame de esta encerrona!

El llamado George retrocedió hasta la puerta, oculto por el cuerpo tambaleante del herido, que tuvo que encajar varios disparos más al intentar volverse para detener a Alex.

—¡Traidor! ¡Traidor! —masculló débilmente, babeando de rabia e incapacitado para repeler la alevosa agresión.

Había conseguido ponerse delante de Alex, y con los brazos en cruz, casi ciego, avanzaba hacia aquel bulto oscuro que tenía ante sí y que se movía como una imagen sobre un estanque de agua inquieta.

No lo consiguió, porque el que huía aprovechó su último cartucho con tan mala suerte que alcanzó al compañero herido, en uno de sus imprevisibles trastabilleos.

Horrorizado, lo vio caer hecho un ovillo, mientras Alex le encañonó a su vez y disparó sobre él en el momento justo en que cruzaba el umbral.

Sintió una mordedura de bala en la pierna, y bajó trabajosamente las escaleras, cayendo y levantándose.

Cuando quiso ponerse en pie en el portal, percibió que en uno de los traspies, perdía la pistola, que había intentado recargar mientras descendía. Se inclinó a recogerla, y notó un nuevo golpetazo en la espalda que le hizo caer de bruces.

Un supremo esfuerzo y se incorporó. El brazo derecho colgaba a lo largo del cuerpo y renqueaba de la pierna contraria. Quiso correr encogido, y fue a chocar con una de las paredes laterales sin explicarse cómo aquella pared se interponía entre él y la salvación, ni cómo era que Alex no le remataba ya.

La explicación para que Alex hubiera dejado de disparar era bien sencilla. Algunos vecinos se habían asomado a las puertas y se interponían sin querer entre él y el huido.

—¿Qué pasa, Alex?

—¡Han matado a mi hermano y al inspector Cronwell! — Respiró, intentando seguir a su compañero.

No quería que George se le escapara. Era el único testigo de lo que allí había pasado y no le convenía para sus planes que diera su versión a la policía.

George entre tanto, había alcanzado la calle y mascullaba maldiciones. Caminaba por instinto, con las manos hacia adelante, como un ciego, golpeándose contra los salientes de los edificios, tropezando aquí, cayendo allá, levantándose y volviendo a caer y dejando siempre tras de sí un tremendo y acusador rastro de sangre.

La noche era oscura y solitaria por aquellos andurriales. Pero más abajo, en la avenida P. limpia y mejor alumbrada, se oían canciones que salían del «Blue Star», ruidos fugaces de coches, sonidos de «claxons».

Hacia allí se dirigió, atraído por la vida como la mariposa por la luz.

Mientras, Alex se había asomado a la puerta. Tras unos segundos de indecisión se puso sobre la pista del fugitivo.

Continuaba llevando la pistola amartillada y pronta a escupir el disparo definitivo sobre aquel cuerpo maltrecho.

En el silencio de la calle, las fuertes pisadas de Alex sonaban imponentes, al menos en los oídos del que huía de ellas y las tenía cada vez más cercanas...

El perseguido intentó despistar al perseguidor. Para ello no se le ocurrió cosa mejor, ni para él más fatal, que dejar la oscura calleja por donde iba y meterse por la Kings Highway, en el trozo que baja a enlazar con la Ocean Avenue y la ya citada de la P.

Uno de los faroles le delató a los ojos de Alex, que salió corriendo tras él, alcanzándole justamente en la parte posterior del edificio de dos plantas, magníficamente iluminado todavía, del «Blue Star», cuando ya George había torcido por una de las transversales que le acercaban a los ruidos, al movimiento, a la vida, en la que deseaba sumergirse para librarse de la muerte recibiendo auxilio de cualquiera.

—¡Alto, George!

Éste no hizo caso. Encogiéndose aún más, pidió un nuevo esfuerzo a su cuerpo y apresuró su trágico y renqueante caminar.

Alex no repitió la orden. Avanzó unas zancadas y se puso a su

altura. Le sostuvo por el brazo sano y le inmovilizó en la acera.

George quería hablar, huir, pero de su boca no salían más que sonidos inarticulados, estertores de muerte, mientras que los únicos movimientos que lograba imprimir a su cuerpo eran los oscilantes propios de un beodo.

El hermano de David sonrió con dureza, apretando su pistola contra el costado del herido, y vació el cargador sin levantar para nada el dedo del gatillo. Cuando notó a George flácido como un muñeco, le soltó, viéndole rodar por el suelo, sin el menor remordimiento.

Limpióse Alex el sudor que le inundaba la frente y regresó a casa despacio, satisfecho, casi alegre, al pensar que ya nada tenía que temer de nadie.

Allí le esperaba algo imprevisto. Alguien salió a su encuentro para notificarle lo que creía ser una buena nueva.

—David no ha muerto, Alex. El inspector, sí, pero David no. Se lo han llevado en una ambulancia, para operarle.

Alex no respondió. Quedóse petrificado con los ojos muy abiertos, pero sin ver nada de cuanto le rodeaba. Una losa de plomo había caído sobre él y le aplastaba.

Sentíase solo, tremenda, dramáticamente solo, pensando que todo había sido inútil; que aquellos dos cadáveres de sus camaradas tendidos allí dentro, el del inspector, aquel que yacía en la calleja solitaria, no le servían para nada.

Sus propósitos habían quedado anulados al sobrevivir el único que más falta le hacía que hubiera desaparecido: David.

CAPÍTULO VI

Ni el juez instructor ni los agentes e inspectores del

F. B. I.

que habían invadido la casa de Alex se atrevieron a interrogar a éste en aquellas circunstancias. Ellos, con toda su inteligencia, no se suponían ni remotamente las verdaderas causas de su estado de abatimiento. Eran éstas tan fuera del alcance de la comprensión humana, que incluso en el caso de que él mismo las hubiese declarado, los hombres normales, con sentimientos y corazón, se hubieran negado a creerlas.

El que David se hubiera salvado le tenía tan intranquilo a su hermano, que no veía la ocasión de volver la espalda a toda aquella gente. Temía que, de un momento a otro, ocurriera lo que había tratado de evitar con tal efusión de sangre.

Cada vez que el inspector del

F. B. I.

se ponía en comunicación con la clínica en que David estaba siendo operado, los nervios de Alex sufrían un tremendo choque. Esperaba que una de estas veces el viejo sabueso se volvería hacia él con una mirada y le conminara a darse preso en nombre de la Ley, como culpable de aquellos abominables crímenes.

Pensar esto y erizársele el cabello, todo era uno. El miedo a la muerte en la «silla» le hacía perder los estribos. Por eso se mostraba así de alterado, y no por las razones que todo el mundo creía.

—¿Cómo está David? ¿Cómo sigue mi hermano? Por favor, inspector, ¿puedo ir a verle? No debería separarme de aquí, pero los vivos necesitan más compañía que los muertos.

Si el inspector hubiera adivinado la tortuosa idea que bullía en aquel cerebro, se hubiera guardado muy bien de extenderle un

volante de su puño y letra para que los agentes del F. B. I.

que guardaban a David le permitieran pasar.

—Tememos que vuelvan a atentarse contra su vida y todas las precauciones son pocas.

Antes de salir Alex hacia la clínica se volvió a Charles Cohen:

—Yo estaré de vuelta para el entierro; pero de cualquier manera, cuídese de todo mientras regrese. ¡Pobre madre mía! ¡Cuánto hubiera sufrido si viviera!

El padre de Bárbara le golpeó el hombro amistosamente:

—Ve con cuidado, Alex. Yo pondré cuanto esté de mi parte. Y Bárbara también.

A Bárbara le ilusionaba más estar a la cabecera de David, y así se lo dijo a su padre con lágrimas en los ojos.

El inspector oyó el diálogo, y suponiendo lo que aún no había entre David y Bárbara, la autorizó también, a visitar al herido.

—Vaya usted, señorita. Su novio debe tenerla a su lado.

—Pero —dijo Bárbara, tartamudeando y con un delicioso rubor tiñéndole las mejillas— ¡si no es mi novio, inspector!

—Estoy seguro, señorita, que no le desagradaría a usted que lo fuera —comentó el inspector sencillamente.

Alex y Bárbara salieron a la calle. La oscuridad compacta que precede al amanecer cubría todo Brooklyn.

Sólo las cúpulas de sus más altos edificios se recortaban contra el cielo estrellado.

Cogieron un taxi. La joven se esforzó en sacar a Alex de su ensimismamiento, pero no lo consiguió. En el fondo se alegró de aquel mutismo, que le permitía pensar a su vez, compulsar los latidos de su corazón con mucha mayor claridad que anteriormente.

El inspector había dicho que estaba seguro de que le gustaría ser novia de David, pero lo que no sabía era con cuánta fuerza la arrastraba este deseo, ahora que había estado a punto de perderle.

No sabía nada del rompimiento de Helen —también compañera suya de colegio años atrás y de la que guardaba algunos agradables recuerdos—, con David, pero un sexto sentido la anunciaba que había algo en el ambiente propicio a su amor.

Pero también había en la atmósfera —y esto sí que ella no lo percibía—, algo trágico que se cernía amenazador sobre sus

ilusiones: era la muerte; la muerte, con su enorme guadaña, con sus dedos descarnados y fríos. Y esa muerte la llevaba Alex, aquel joven que se sentaba a su lado y de cuyos pensamientos y proyectos ella estaba tan ajena.

El hermano de David se iba haciendo algunas preguntas. Si aún habría tiempo de llevar a término su plan, si no habría hablado; si él sería todavía inmune a las sospechas.

Temía, por un lado, llegar y ser saludado con las palabras de rigor para detener a un delincuente, y por otro se gozaba en imaginar que las primeras que oiría serían las de que David había quedado en la operación, que había muerto sin volver en sí y, por tanto, sin pronunciar la menor acusación contra él.

A la vista de una farmacia, Alex fingió un fuerte dolor de cabeza y ordenó al taxista que parara, pues deseaba adquirir un calmante.

Se apeó del coche y se acercó al establecimiento. De entre la barahúnda de ideas que ocupaban su cerebro, una había conseguido abrirse camino con trágica nitidez.

A aquella hora, sólo uno de los dependientes velaba. Alex se encaró con él y le pidió unos gramos de arsénico. El otro se negó a vendérselo, y Alex le encañonó decidido a matar.

—He dicho que quiero arsénico —masculló—. ¿Entendido? ¡Arsé-ni-co! —subrayó.

Temblando de miedo, el mancebo le dio lo que pedía. Alex arrojó unas monedas sobre el mostrador y se dirigió de nuevo al taxi, partiendo en seguida hacia su punto de destino.

Llegaron ante el edificio, y Alex le impuso un poco el aspecto que presentaba. Varios coches del

F. B. I.

estaban estacionados frente a la cancela y algunos agentes se paseaban, arma al brazo, a lo largo de la verja, mientras una pareja montaba guardia en la de entrada, no permitiendo el paso más que al personal de la clínica o a aquellos que exhibieran, como Alex y Bárbara, una autorización del jefe del

F. B. I.

A David lo tenían bien guardado. Ya lo había hecho notar el inspector. Temían que el atentado se repitiera, y por nada del mundo estaban decididos a que se fuera de este mundo sin antes haber declarado cuanto supiera. Los del

F. B. I.

no eran tontos y habían comprendido que David había descubierto algo y que por eso lo habían intentado matar.

Un enfermero los condujo a una salita de espera cerca de donde David era sometido a una intervención quirúrgica delicadísima y de la que dependía su vida.

Alex no podía con los nervios. Al entrar allí se había jugado el todo por el todo. Si David hablaba, la huida sería imposible. Estaba cogido en una ratonera, pero valía la pena de arriesgarse. Porque si David seguía sin declarar, él podría impedir que lo hiciera.

En el bolsillo de la americana, tenía el veneno recién adquirido y no había de faltar ocasión para dárselo a su hermano. Lo que había empezado no lo podía dejar a medio acabar, salvo que se decidiera a descubrirse, a ser un fuera de la Ley perseguido, acosado por los encargados de mantenerla.

La puerta del quirófano se abrió al fin, y David fue sacado en una camilla de altas ruedas, que un enfermero conducía. Bárbara se inclinó sobre él y le enjugó el sudor de la frente con su pañuelo. El enfermero quiso impedírselo, pero el que los había acompañado hasta allí dijo:

—He hablado con el director y les autoriza a acompañarle. Está muy grave. Creo que lo mejor será que le velen ellos.

El enfermero asintió sin hacer alto. Bárbara siguió limpiando el sudor de la frente de David, que se quejaba suavemente, mientras Alex los seguía a cierta distancia, completamente demudado.

Entraron en una habitación independiente, con una sola cama. Era acogedora, con su aséptica blancura y sus amplios ventanales, que daban a un jardín de rumorosos árboles centenarios.

Bárbara Cohen sentóse a la cabecera del herido y le acarició con ternura la mano que yacía exangüe sobre el embozo. El enfermero salió, recomendando silencio y tranquilidad.

—Yo vendré de vez en cuando; pero si él volviera en sí antes, llámenme. El doctor y uno de los agentes desean ver si puede hablar. Sobre la mesilla tienen ese vaso de leche. Si pidiera agua, mójenle la boca.

Alex asintió, sus ojos, fascinados, no eran capaces de despegarse del vaso de leche.

—He ahí —pensaba—, el instrumento de sus designios. Y todo se

haría en la mayor impunidad. No tendría más que acercarse, depositar el veneno en él y asunto concluido. Nadie podría sospechar que David Gadner no había muerto a consecuencia de sus heridas.

Un quejido de David atrajo su atención. Parecía estar a punto de recobrar el conocimiento, y no había minuto que perder.

Se acercó desde el ventanal, donde estaba recostado, a la mesilla de noche, y aprovechó que Bárbara seguía distraída con el herido para verter en el vaso el veneno.

David se movía, sin dejar de quejarse. Alex ofreció el vaso a Bárbara, por temor a que su brazo temblara, denunciando sus perversas intenciones.

—Madre, madre mía, ¿dónde estás?

David hablaba sin haber abierto los ojos. Después pidió agua.

—Madre, tengo sed; dame agua, madre.

Bárbara Cohen, llorando silenciosamente, acercó el vaso a los labios de David. Los ojos de Alex miraban fijamente la dramática escena. Por último, en su corazón empedernido no pudo por menos de hallar eco la voz aquélla, debilitada, pronunciando el nombre más adorado de la tierra: «Madre, madre, madre...».

Se tapó los oídos, en vano.

—¡No! ¡No! —gritó roncamente—. ¡No le des eso, Bárbara!

Ésta se volvió, sorprendida, en el momento justo en que Alex, fuera de sí, se inclinaba sobre ella y le arrebató el vaso de leche.

Con rabia bestial, en que entraba mucho de odio, de desprecio contra sí mismo por aquel fallo de su valor en el momento cumbre, lo estrelló contra el pavimento.

—¿Qué haces, Alex? ¿Qué ocurre? ¿Te encuentras mal?

—No, Bárbara, no te muevas. Sigue ahí siempre a su lado. Vela su sueño. Cuídale y ámale, porque se lo merece. Y ahora, adiós, Bárbara. Me es imposible seguir aquí más. Si no me has entendido, no te esfuerces en entenderme porque te horrorizarías, Bárbara. El tiempo apremia y mi vida..., mi vida me pertenece a mí, como pertenece a cada cual la suya.

—No, Alex Gadner. Su vida, no le pertenece a usted, sino al verdugo. Levante los brazos, Alex. Dese preso en nombre de la Ley.

El que así hablaba era el inspector jefe del

F. B. I.,

que acababa de aparecer en la puerta, seguido de un par de agentes. Alex acató la primera orden, pero no estaba decidido a hacer lo mismo respecto a la segunda.

Había dicho que su vida le pertenecía, y ya verían aquellos hombres si era así. Ningún Tribunal del mundo le juzgaría. A lo sumo, moriría en la calle, como una fiera.

—Vengan por mí si se atreven —gritó al arrojarle por la ventana.

Sabía que era escasa la altura, pero con lo que no contaba era con la rapidez del inspector para hacer fuego.

Notó un latigazo en el costado derecho y otro en el hombro izquierdo. Pero su ansia de evasión le obligó a sacar fuerzas de flaqueza y correr en busca de una salida.

—¡Vamos! ¡No hay que dejarlo escapar!

El inspector jefe saltó al jardín. Tras él los dos agentes. Esperaban que el otro hiciera fuego sobre ellos, y de este modo localizarle, y se encontraron con que Alex, prevenido, se limitó a avanzar de tronco en tronco, de matorral en matorral, sin hacerse visible en ningún momento. Hasta que topó con la pared y se deslizó pegado a ella, buscando una portezuela que por fuerza debía de existir.

De trecho en trecho, Alex se paraba, tomaba aliento, escuchaba. Sabía que aquella soledad, aquel silencio que invadía el jardín eran sólo ficticios. En algún lugar no lejano, tal vez a pocos pasos de él, hombres armados y decididos venían en su busca, al acecho, con ánimo de capturarlo vivo o muerto.

A cada segundo, a cada minuto que pasaba, sus fuerzas se iban agotando y se sentía más impotente y desesperado.

Tendido entre un plantel de rosas, arrancóse trozos de camisa y taponó sus heridas. El dolor que le causó esta operación fue horrible y a punto estuvo de privarle del conocimiento.

Se rehízo, no obstante y prosiguió su incierto destino. Sólo sombras encontraba a su paso. Al cabo, sus ojos, fatigados, enrojecidos, divisaron un rectángulo de claridad en cierta parte del muro. Era la puerta anhelada. Allí estaba la libertad.

Siempre pegado a la pared, cada vez con más precauciones, prosiguió la marcha. Había pensado que tal vez la puertecilla aquélla estuviera vigilada ya, que los del

F. B. I.

se encontrarían apostados en sus cercanías, las armas prontas para disparar sobre él, pero pudo comprobar que no era así, que nadie le había tomado la delantera.

No obstante, desconfió. Sin despegarse un centímetro del muro, su mano buscó el cerrojo, que encontró sin dificultad, y sin dificultad fue descorrido. Una vez abierta la puerta, se tiró al suelo y salió a la calle, arrastrándose.

Ya en la calzada, se incorporó y la cruzó corriendo. Estaba a punto de dar la vuelta a la esquina, cuando sintió una quemazón en la espalda y oyó varios estampidos.

De haber vuelto la cabeza hubiera descubierto al inspector jefe del

F. B. I.

y a los dos agentes que le seguían a la carrera, sin cesar de disparar.

Dio la vuelta a la esquina y alcanzó el final de la manzana antes que los otros consiguieran divisarle de nuevo. Encontróse de súbito, con un automóvil, cuyo motor, puesto en marcha, le ofrecía, cuando menos lo esperaba, cuando su situación era más desesperada, la posibilidad de escapar.

Estaba parado frente a uno de los palacetes, y su dueño, vestido de etiqueta, se despedía de una joven en traje de noche. Sin duda, la había acompañado hasta allí desde alguna reunión de sociedad o, simplemente, desde un «*night-club*».

Alex no dudó. Aprovechando la distracción de la pareja se colocó en el interior del automóvil, en la parte trasera. Sabía conducir, pero no se encontraba en condiciones de hacerlo.

La última herida recibida le molestaba mucho. Manando de ella en abundancia, sentía escurrirle por el espinazo la sangre, viscosa y cálida. Y era inútil intentar restañársela, pues no había forma humana de conseguirlo solo.

Cuando llevaba algunos minutos en marcha, Alex, que había ido todo el rato tendido en el piso del coche, se incorporó fatigosamente tratando de localizar el lugar por donde le llevaba aquel desconocido.

Estaban en la avenida Bedford y avanzaban hacia Prospest Park. Esta dirección no le convenía a Alex.

Deseaba volver a la pensión y que Helen le curara. Porque si

alguien no taponaba aquellas heridas, se desangraría sin remedio. Además, necesitaba un sitio donde ocultarse, y, por el momento, no se le ocurría otro mejor que aquél.

El joven conductor, ajeno al polizón que llevaba en su automóvil, seguía su ruta a buena marcha, silbando alegremente. De pronto, la dura voz de Alex le interrumpió. El cañón de una pistola se le clavó en la espalda.

—Deje de silbar de una vez y tuerza por la avenida Foster. Luego subirá por la Coney Island. A la altura de la P., ya le diré yo dónde tiene que dejarme. Y de prisita, amigo, si no quiere pasarlo mal.

El conductor se vio obligado a obedecer. Recorrió el itinerario que el otro le había indicado, y al fin oyó la voz de Alex que le decía:

—Pare aquí mismo. Y siga adelante después sin volver la vista atrás.

La entonación que Alex había dado a sus palabras no admitía réplica. El dueño del coche hizo lo que se le pedía, así no pudo ver el rostro del inesperado viajero, ni su indeciso caminar.

Alex sí vio que el vehículo era parado a menos de doscientas yardas por una patrulla, y que éste, segundos después, hacía sonar sus silbatos avisando a otras de que el perseguido andaba por ahí cerca.

Alex se mordió los labios y pidió un nuevo esfuerzo a su cuerpo fatigado. Gotas de sudor le escurrían por el rostro. Sentíase exhausto, con las piernas temblorosas y el alma espantada. Una nube amenazaba velar su cerebro.

Por instinto de conservación, corrió avenida P. arriba, buscando apoyo, de cuando en cuando, en paredes, escalinatas o farolas, y al fin pudo torcer hacia la pensión. No se había hecho aún de día y poca gente transitaba por las calles. Los pocos que lo hacían le tomaban por un trasnochador beodo.

Allí estaba ya la puerta. Unos pasos más y se encontraría a salvo. Pero, en aquel momento, un coche del
F. B. I.

hizo su aparición en la calle, a poca velocidad. Asomados a las ventanillas, un par de agentes examinaban el exterior.

—Tiene que andar por aquí cerca. En cuanto lleguen las otras

patrullas, cercaremos la manzana. No podrá escapar.

Alex se había ocultado en la penumbra del quicio de una puerta. Sólo cuando, por el ruido, comprendió que el coche había desaparecido volvió a caminar hacia su punto de destino. Éste, con estar tan cerca, parecía alejarse cada vez más, en realidad, lo que ocurría era que la debilidad de Alex se acentuaba hasta el punto de no poder apenas andar.

Por fin, tras unos interminables minutos pudo pulsar el timbre de la pensión, cuando ya las fuerzas le abandonaban por completo y los coches del

F. B. I.

atronaban las calles comprendidas entre la avenida Foster, la Ocean, la P y la Coney Island. Difícil escapar de aquel cerco o de los registros sistemáticos que probablemente verificarían a continuación.

La patrona abrió la puerta con su mal humor proverbial. Al verle de tal guisa, se asustó un poco. Le impuso aquel hombre, verdadero guiñapo humano, que se recostaba contra el quicio para no caer.

Le ayudó a pasar y le preguntó qué había ocurrido. Alex, por toda respuesta, le pidió que llamara a Helen.

—Helen no está. Vino el señor Bertini, el dueño del «Blue Star», hacia la medianoche, y se fueron juntos; pero no se preocupe por eso, Alex.

Éste no tuvo energías ni para enfadarse siquiera. Le hubiera gustado gritar, maldecir; no podía. Se dejó medio arrastrar hasta un sillón del vestíbulo, y allí quedó boca abajo, pidiendo que la herida de la espalda fuera curada la primera.

La patrona preparó vendas, agua oxigenada y yodo, y dio comienzo a una cura de urgencia. En el transcurso de su trabajo, los coches del

F. B. I.

no cesaron de pasar y repasar veloces, haciendo sonar sus sirenas incesantemente.

Cuando hubo concluido, expuso su opinión de que Alex abandonara la pensión.

—Ni a usted ni a mí nos conviene que le encuentren aquí. Estoy segura que registrarán todas las casas del barrio, una por una, y no quiero exponerme a ser encarcelada por encubridora.

Alex sentíase un poco más repuesto, pero aún no con fuerzas para iniciar una nueva odisea de inciertos resultados.

—Prefiero quedarme —afirmó, obstinadamente—. Voy a subir al cuarto de Helen. Necesito dormir, descansar. Si vienen, despiérteme antes de abrir, que yo procuraré escabullirme por la escalera de incendios.

—Pero...

—No la comprometeré, se lo aseguro. Usted niegue siempre haberme visto. Aunque me encuentren allí, siga negando. En ese cuarto usted no sabía que había un hombre, pues todos sus huéspedes se limitaban a una mujer.

—No, no, debe marcharse. Es muy peligroso.

—No hablemos más caigo de sueño, de fatiga. Prefiero la muerte aquí, como una rata, que lanzarme a la calle a ser perseguido como un perro. Quiero dormir, recuperar fuerzas, si es posible, y luego, que sea lo que el demonio quiera.

Tambaleante, presa de un semi sopor parecido al de una borrachera, subió hacia la habitación ocupada por Helen. Se dejó caer pesadamente sobre el lecho respirando con dificultad y cayó en un duermevela, alterado de cuando en cuando por el gemir de las sirenas policiales.

Creyó oír un ruido allá abajo, y se asomó a la puerta con gran sigilo.

La patrona entraba de la calle con el cestillo de la compra en una mano y en la otra un ejemplar de un periódico, que dejó sobre la mesa-camilla, en que se solía pasar la vida haciendo solitarios. Tras mirar hacia arriba, como queriendo cerciorarse de que Alex no la espía, se dirigió presurosa, hacia el teléfono, marcando un número.

Las precauciones de la mujer y su extraño modo de obrar, levantaron sospechas en Alex, siempre predispuesto a la desconfianza. Sin meditarlo mucho, empezó a bajar las escaleras.

Lo primero que observó fue el diario, que estaba en la mesa. En él se publicaba su fotografía y se ofrecía cierta cantidad al que lo entregara vivo o muerto. Las últimas palabras que logró captar del mensaje le hicieron afirmarse en la idea de una traición por parte de la mujer.

—Deben venir en seguida. Está aquí, durmiendo. Sí, sí; no hay

tiempo que perder.

Alex arrancó el auricular de manos de la patrona y se lo llevó al oído. Al mismo tiempo, su mano había extraído rápida de su bolsillo la inevitable «Browning».

—No os molestéis en venir. Vuestra confidente se ha equivocado. Ha tenido un fallo en la información.

—Escuche, escuche —dijeron al otro lado del hilo.

—Escuche, Alex —repitió en un grito la mujer, con los ojos aterrorizados saliéndosele de las órbitas al percibir que el arma del joven se alzaba lentamente hacia la altura de su pecho—. ¡Escuche!

—Escuchen ustedes.

Y sin esperar a más razones, agotó el cargador, con horrible saña, sobre el escuálido pecho de la mujer.

La primera bala la alcanzó en pleno corazón. Con un movimiento reflejo cayó al suelo hasta donde Alex la fue persiguiendo con sus disparos con un lento y enconado girar de su muñeca. Después volvió a acercar los labios al micro teléfono.

—Ahora pueden venir ya —dijo, escuetamente—; pero ella no podrá recoger la recompensa ofrecida.

—¿Qué has hecho, imbécil? ¿La has matado, quizá?

—Sí.

—¡Mentecato! ¿Sabes lo que esa mujer estaba haciendo?

—No, ni me importa.

—Intentaba salvarte la vida.

—¿No eres de la policía, entonces?

—No. Soy el lugarteniente del «Hombre del Chirlo». ¿Te acuerdas de él?

—Desde luego. Vuestro jefe me ofreció un puesto a su lado y yo lo rechacé.

—Él no perdió las esperanzas de atraerte, y mandó que te observáramos. La patrona nos dio información y ahora nos estaba avisando de que habías vuelto... ¡Y la has matado!

—¡Poco se ha perdido!

—No hagas más locuras, Alex. El jefe te necesita. No salgas de ahí. Vamos a procurar liberarte. Aunque nuestro coche haga sonar una sirena como la de tus perseguidores, no te asustes. La señal para que abras la puerta será un golpe seco y tres espaciados, con otro golpe seco al final. ¿De acuerdo?

Iba a responder Alex, pero la comunicación había sido cortada.

Un cuarto de hora después un coche de la policía paraba ante la pensión. Sonaron los golpes convenidos de antemano.

Alex abrió la puerta y fue conducido hacia el vehículo. Los secuaces del «Hombre del Chirlo» le aseguraron que aquello del automóvil con sirena había sido una treta magnífica para romper el cerco de policías sin levantar sospechas.

—Y aunque las levantemos ahora —concluyó el lugarteniente de aquél—, será lo mismo. ¡Nos abriremos paso a tiros, y a otra cosa!

CAPÍTULO VII

Alex Gadner tardó tres meses largos en curar de sus heridas. Exactamente los mismos que David.

Con los gastos del primero, corrió su protector el «Hombre del Chirlo», a quien Gadner vio por primera vez el día mismo en que fue dado de alta por el médico que le asistía. Recibió de él un gran rapapolvo.

—No se explica uno —le dijo— cómo un hombre inteligente como tú, con una sangre fría como la tuya, perdiera la cabeza hasta ese extremo. Debías de estar loco cuando intentaste hacer lo que hiciste en el asunto de tu hermano, y no digamos en el de la pobre mamá Donald.

—Estaba fuera de mí. Los sucesos de aquella noche me crisparon los nervios.

—De todos modos, en ti hay madera de luchador y eso es lo único que mis muchachos necesitan. Tienes grandes aptitudes si te dejas conducir, y yo lo haré.

El «Hombre del Chirlo» dio por concluida la entrevista.

—Te debo la vida y eso ya es algo. Esto no quiere decir que yo esté decidido a acatar órdenes de nadie. Soy capaz de salir adelante por mis propios medios y recursos. Os lo demostraré.

El rostro desfigurado del «Hombre del Chirlo» —cincuenta años curtidos al servicio del crimen—, se endureció.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, conteniendo a duras penas un movimiento ya iniciado de ferocidad.

—Lo que he dicho. Me basto y sobro yo solo y no quiero estar bajo la férula de nadie. Quizá más adelante...

Alex se interrumpió. El «Hombre del Chirlo» dejó escapar de sus labios torcidos hacia la izquierda una estentórea carcajada.

—Comprendo, Alex. Tú tienes una idea. Se trata de Helen y de Pietro Bertini. Te engañaron ¿eh, muchacho? Ahora has madurado un plan y quieres efectuarlo tú solito.

—¿Y qué, si fuera así?

—¡Oh, nada! Antes he dicho que eras inteligente y ahora lo confirmo. Sabías que yo, por mi cuenta, nunca había de aprobar, ni menos apoyar, ese proyecto.

—No necesito ayuda de nadie.

—Mira, Alex, te doy un consejo. En nuestro oficio, los asuntos de faldas deben mantenerse al margen del negocio. Si en nuestra vida se mezclan mujeres, malo.

—Tú qué sabes de eso.

—Soy un solterón empedernido y todo me ha salido bien hasta el momento. Anda, anda, ve tú; lánzate cuanto antes a esa aventura. Es descabellada, y así lo reconocerás no tardando. Necesitarás hombres seguramente. Elige los que más te agraden de los míos. Para que veas si te tengo simpatía, les mandaré contigo a una cosa de difícil solución, lo que jamás he hecho.

—No necesito ayuda de nadie. Iré solo y daré una lección a esos miserables.

—Allá tú, Alex. Te dejo en libertad de obrar como quieras a condición de que me prometas ingresar en mi «gang». Creo haberte dicho que tienes madera. Y si no te lo he dicho, te lo digo ahora.

Le hizo un ademán con la mano y dio por terminada la entrevista. Ahora sí que definitivamente.

A Alex le hubiera gustado cambiar unas cuantas impresiones más, pero, en un segundo, el «Hombre del Chirlo» le había dejado solo.

No tuvo más remedio que salir, un tanto pesaroso de que la charla hubiera sido tan corta, ya que, realmente, al «boss» se le podía escuchar. Aquella seguridad en sí mismo, aquel conocimiento que parecía tener de todo y de todos, era digno de admirarse, y Gadner se explicó por ello que cierta clase de individuos le sirvieran tan ciega y lealmente, que estuviesen decididos a morir y matar por él a la menor indicación.

En el vestíbulo le fue devuelta la pistola y entregado algún dinero por el mayordomo.

—¿Dónde podré encontrar al jefe, en un caso dado?

—Aquí, en este hotelito. Él acudirá a su llamamiento en cuanto pueda.

Sin responder, Gadner se encontró en la calle y empezó a caminar algo receloso hacia el vecino subterráneo de la avenida Fulton, casi esquina a Joralemon, a escasas millas del puerto y a muchísimas del lugar en que estaban enclavadas las calles que una noche de tres meses atrás se encontraron atronadas por el ir y venir de los coches policiales y el estridente grito de las sirenas. Pensaba ir en el «subway» hasta las cercanías del Cementerio Greenwood y desde allí dirigirse hacia el «Blue Star».

Su recelo estaba más que justificado. Sabía que en todo aquel tiempo el

F. B. I.

no había cesado de buscarle, como tampoco ignoraba que el bigote que se había dejado crecer, el corte de pelo a lo parisién que se había dado y el que usara gafas oscuras no era suficiente para evitar ser reconocido.

Antes de llegar a la estación se arrepintió de su idea y cogió un taxi. Estaba pálido, todavía algo débil y las luces de la ciudad le mareaban. Por eso respiró aliviado, cuando, veinte minutos después, el vehículo le dejó frente al «Blue Star».

No hubo sorpresa en su aparición allí. Por lo visto. Pietro Bertini le esperaba ya.

Desde su despacho pulsó un timbre de modo especial y sus guardaespaldas, que tenían ya órdenes concretas a este respecto, salieron al encuentro rápidamente.

Sabían por Helen Gray que vendría armado y no le permitieron moverse. Le rogaron con una amenazadora sonrisa que les siguiera, y subieron los tres por la escalerilla que conducía directamente donde Pietro Bertini se hallaba.

Uno de los guardaespaldas iba delante. Otros detrás, y Alex en medio. El de atrás le hincaba en los riñones el cañón de su pistola, mientras el de delante le quitó la suya de la sobaquera.

Alex Gadner procuró no perder la serenidad. Estaba cogido en la trampa y no veía el modo de retroceder. Cuando se encontró frente al dueño del «Blue Star», su sangre se puso en ebullición.

—¿Qué significa esto?

—¡Calma, amiguito! Sé razonable. Estoy en mi terreno y llevas

todas las de perder.

Los dientes de Gadner rechinaron. Cerró los puños y apretó los dedos hasta que la piel de los nudillos se le emblanqueció.

—Te juro que me las pagarás.

—Yo no tengo nada contra ti, muchacho. Tal vez me he precipitado un poco al obligarte a comparecer ante mí sin saber qué intenciones te han traído esta noche a mi casa, pero estoy decidido a rectificar...

—Tú sabes muy bien a lo que vengo, y no me iré sin haberlo conseguido.

—Me lo figuraba. Se trata de Helen, ¿verdad? En este caso te diré que estás perdiendo el tiempo. Dudo mucho que ella quiera acompañarte, aunque yo la dejara marchar. No quiere verte.

Alex Gadner esbozó una sonrisa de incredulidad y suficiencia.

—Si tan seguro estás de ella —dijo—, ¿por qué me impides que le hable?

—He querido mantener previamente esta conversación contigo. Ya lo hemos hecho. Ahora sólo falta puntualizar un detalle. Si te prefiere, yo no moveré un solo dedo para impedir que te siga. Si, por el contrario, me prefiere a mí, saldrás de aquí y jamás volverás a poner los pies en el local. ¿Entendido?

Alex Gadner sonrió, ya francamente. Su desorbitada vanidad le hacía creerse irresistible. En modo alguno se le ocurrió pensar que el ascendiente que había tenido sobre Helen Gray desde el día que la conoció podía haberse evaporado.

—De acuerdo —dijo.

—Entonces, en la sala la tienes. Yo no te acompañaré. Tú y ella, frente a frente, sin mi presencia, y, si ella quiere, hasta sin testigos.

—Muy noble por tu parte.

—Estoy resignado a lo que sea, quizá porque mi amor por Helen, aunque tardío, es esa clase de amor que dignifica y eleva al que lo siente, aunque éste sea un hombre tan hundido como yo.

Gadner no entendía de estas sutilezas. En verdad, Helen le interesaba en aquellos momentos bien poco, pero sentía necesidad de triunfar para satisfacer su maltratada vanidad.

Bajó las escaleras con pasos elásticos y se dirigió a la sala de juego.

Helen reía con su sonrisa jovial y cantarina. Toda ella

resplandecía de belleza. No parecía la misma mujer que él abandonó una noche en el cuartucho infecto de una pensión de mala muerte.

—¡Helen!

Sobre el bullicio de la sala la voz de Alex Gadner llegó hasta la joven. Ésta se volvió. En su rostro se reflejaba mucha más decepción que sorpresa. No obstante, fue hacia él y le ofreció la mano.

—¡Querido Alex! —saludó con ironía—. ¡Benditos los ojos...! ¿Qué ha sido de tu vida durante estos tres meses? No te he vuelto a ver. ¿Negocios...? ¿Quizá mujeres...? Acaso las dos cosas, ¿no? Entre el elemento femenino hay donde escoger... y a ti te gusta mucho eso.

—Helen, deseo hablarte.

—¿Qué estamos haciendo más que hablando?

—Quiero decir... a solas.

—No me pidas eso delante de tanta gente. ¿Qué pensarían de mí? ¿No sabes que soy una mujer casada?

—¿Casada? —se admiró Alex.

—Casada, sí. Ya no me llamo Gray, sino señora de Bertini. ¿Qué tal suena?

—Para mí mal.

—¿Por qué has venido aquí esta noche? ¿Crees que puedes mezclarte en mi vida de nuevo? ¡No lo sueñes! No quiero hablar contigo a solas. Lo que tengo que decirte y lo que estoy dispuesta a escuchar, todo el mundo lo puede oír. En especial mi marido. ¡Amo a Pietro tanto como a ti te odio, y primero me mataría que volver contigo!

—¿Amar? Te engañas a ti misma. Tú te has vendido. Eres una mujer cualquiera. Estos collares, estas joyas, he aquí tu amor. El hombre, ¿qué te importa?

Fuera de sí, Alex Gadner se había acercado a la joven. Uno a uno, mientras los enumeraba, los objetos preciosos fueron arrancados, arrojados al suelo y pisoteados con rabia.

En su despacho, Pietro Bertini, que lo había oído todo merced a sus ingeniosos aparatos de acústica, pudo sonreír tras unos momentos de tensión e incertidumbre.

Volvió a pulsar el timbre y los mismos fornidos individuos aparecieron en escena de nuevo. Agarraron a Alex y lo hicieron salir

de allí a la fuerza. Como se resistiera, uno de ellos, mientras el otro le sostenía, le golpeó brutalmente.

—Eso no —dijo Helen—. No consentiré que se le pegue delante de mí.

A los dos empleados les dolió la reprimenda del ama y se tomaron el desquite en seguida. Lo llevaron a la oscura calleja sobre la que daba la puerta excusada de la sala de juego y allí le maltrataron hasta hacerle perder el conocimiento.

Cuando Alex volvió en sí se palpó el rostro dolorido y la axila bajo la que llevaba su pistola al entrar. Sentía grandes deseos de matar, de triturar con sus manos aquel cuerpo agraciado que ya no era suyo, aquel corazón que, bien claro lo había dicho Helen, ya no palpitaba por él.

Una imperiosa necesidad de venganza fue apoderándose de su espíritu. Mientras caminaba tambaleándose, sosteniéndose en cuantos objetos encontraba a su paso, meditó en la mejor manera de iniciar el desquite. Volver, volver a entrar en aquel antro y salir de allí triunfador sería en adelante su mayor razón de existir.

«Pero —pensó—, para esa hazaña no me basto yo solo...».

Entonces, recordó el ofrecimiento del «Hombre del Chirlo».

Aquella misma noche volvió a la casa en la que éste tenía su cuartel general. No consiguió verle, pero sí a algunos de los miembros de la pandilla, que estaban reunidos allí jugando al póker.

El lugarteniente le invitó a echar unas manos y el joven aceptó, ganando algunos cientos de dólares.

Cuando cada cual se disponía a retirarse, Alex rogó a cuatro de los que más habían perdido que le escucharan.

—¿Qué deseas de nosotros?

—Tengo un negocio entre manos que puede reportaros grandes beneficios.

—¿De qué se trata?

—Del «Blue Star». Podemos apoderarnos de la recaudación.

—¿Cómo?

—Ya ultimaremos detalles. Una de estas noches os vendré a buscar.

—Vosotros os repartiréis el botín por partes iguales.

—¿Y tú?

—Yo me conformo con una dama. Helen Gray, la mujer de Pietro Bertini.

CAPÍTULO VIII

El diario paseo de Bárbara Cohen y David Gadner no había sido muy agradable aquel anochecer. La culpa la había tenido uno de los estados de ánimo en que el joven solía caer desde que, curado de las heridas que las huestes de su hermano le infligieron había sido expulsado del

F. B. I.

después de haber respondido en Washington ante un tribunal compuesto por los jefes más caracterizados.

Habían pasado dos meses de aquello, pero no lo olvidaba ni lo olvidaría jamás. Todo el mundo estuvo de acuerdo en catalogar la situación del joven de difícil, y alguien hubo que preguntó a los juzgadores qué hubieran hecho cualquiera de ellos en el lugar del joven.

Sentimentalmente, todas las simpatías, se inclinaban hacia David. En realidad, lo suyo no había sido una traición, sino una simple vacilación en el cumplimiento de su deber. Si el

F. B. I.

descubrió tan pronto la identidad del asesino, a él se debió y a nadie más. Claro está que, como quiera que tal vacilación había costado la vida a varias personas, entre ellas la del excelente inspector Cronwell, venían en acordar, para ejemplo de futuras promociones, la expulsión radical del encartado de los cuadros del Cuerpo.

El inspector-jefe de Nueva York, allí presente, y uno de los principales testigos, intentó alterar el veredicto leyendo la carta que el día anterior al asesinato del inspector Cronwell, David Gadner había escrito renunciando a su puesto. Pero lo que verdaderamente hizo vacilar al tribunal fue enterarse de que en ella existía una

especie de posdata en que David, muerta ya su madre, delataba a su hermano. De esto daba fe el inspector-jefe.

—Cuando la noche de autos me personé yo en el domicilio de los Gadner, avisado urgentemente por el subinspector de la Brigada de Homicidios del asesinato de mi colega Cronwell, conocí al hermano de David.

—Ya. ¿Y qué pasó?

—Confieso que logró engañarme, como a todos. Cuando le extendí el volante para que pudiera entrar en la clínica, yo no tenía conocimiento aún, como es de suponer, de nada. En cambio, ordenado un registro, que yo dirigí, personalmente, encontré la confesión de su hermano y me faltó tiempo para proceder a su detención.

—Detención que no pudo llevar a cabo.

—No, no pude. Y continuaba nuestras investigaciones. Seguimos su pista hasta la pensión de las cercanías de la avenida P. pero al fin la perdimos. Alex parecía haberse volatilizado. Sabemos que estaba malherido, y nadie puede explicarse cómo pudo pasar el cerco que tanto el

F. B. I.

como la Policía Metropolitana pusimos a aquellas cercanías.

Hizo una pequeña pausa, tomó un sorbo de agua y prosiguió:

—Posteriormente, David Gadner, interrogado por mí sobre los acontecimientos, sin mencionar para nada la carta, lo confesó todo, acusando a su hermano y poniéndolo a nuestra disposición. Y hoy, ya restablecido, viene a responder ante nosotros de algo, que a mi modo de ver las cosas, no podemos conceptuarlo en modo alguno como traición o encubrimiento.

Pese a todo, la pena de expulsión no fue atenuada. Y allí estaba David aquella noche, preguntándose aún por la razón de cuanto le estaba sucediendo, interpelando al Destino por el pecado que había cometido para ser herido con tal saña.

El amor de Bárbara Cohen, su noviazgo con ella, cuajado al fin al calor de la clínica en que la joven había pasado horas y horas cuidándole no era suficiente, pese a ser fuerte y verdadero, en aquellas crisis de apatía, una de las cuales sentía entonces con más intensidad que nunca.

Con las manos en los bolsillos de la gabardina, David vio

desaparecer a la joven en su casa, echó una última mirada a la puerta, la suya, cuya soledad le asustaba, volvió la espalda al escenario de tan dolorosos recuerdos y se dispuso a caminar en busca de lugares más gratos en su recuerdo.

Visitó las cercanías del Brooklyn College, donde, Bárbara, Helen, Alex y él mismo habían estudiado en tiempos mejores, y rememoró escenas que no dejaban traslucir ni remotamente las que el Destino le tenía reservadas.

Hacía frío, pero no lo sentía. Deambuló mucho tiempo por aquellos alrededores, y al fin concluyó su paseo, sin casi percibirlo, frente a la puerta del «Blue Star».

El bullicio que salía del establecimiento, tal vez un asomo de nostalgia hacia Helen Gray, su primer amor, le impidieron avanzar. Se preguntó qué habría sido de ella, si conocía ya su desgracia, si seguiría allí, en su puesto de camarera, y sintió deseos de pasar, de hablarle, de cambiar impresiones con ella.

Sonrió amargamente y siguió allí parado, dejando vagar alternativamente sus ojos por el nombre luminoso del *night-club*, por el reluciente asfalto de la calle y por el brillante capot de los automóviles estacionados a la puerta.

Al fin se decidió y traspuso el umbral. Pero, cosa extraña, en aquel momento no le repelió como otras veces el ambiente del cafetín nocturno. No sabía en qué consistía, pero lo encontraba cambiado. Por de pronto, notó algo que no pudo por menos de llamarle la atención: las mujeres que bailaban en el escenario iban considerablemente menos desvestidas y las camareras habían sido sustituidas por hombres.

De sus antiguas conocidas, David sólo pudo encontrar a la encargada del guardarropa, a la cajera y a una jovencilla, bonita y graciosa, que vendía tabaco a los clientes.

El joven lo ignoraba; pero lo que acababa de ver era, ni más ni menos, la influencia de su ex-novia.

Pietro Bertini le vio aparecer y no pudo por menos de ponerse en guardia. Un sexto sentido le había permitido compulsar los latidos del corazón de su mujer y había creído comprender que con David no podía hacer el experimento que con Alex había hecho semanas atrás, pues corría el riesgo de perder.

Pensaba que Helen nunca había sabido ni sabría jamás si amaba

o no a David. Por eso se acercó a él con recelo y empezó a tantearle con cuidado.

—Hola, muchacho. ¿Qué te trae por aquí? Vamos a tomar unas copas, y a charlar un rato.

—No, gracias. Estaré poco tiempo. Pasaba por aquí casualmente, y se me ha ocurrido entrar a echar un vistazo. Simple curiosidad. Veo que ya no existen camareras. ¿Qué ha sido de Helen? Desde hace varios meses no he vuelto a saber nada de ella.

Pietro Bertini estuvo a punto de confesarle la verdad, pero un resto de prevención le contuvo. Por lo visto, David ignoraba que Helen le había abandonado por su hermano, y él no estaba dispuesto a recordar nada de aquello.

—Creo que está bien —dijo ambiguamente—. Ha encontrado otra colocación.

—¡Y qué colocación debe de ser! —respondió David con visible amargura—. Allí la veo. ¡Qué poco se parece a la que yo conocía!

En efecto, Helen Gray había aparecido en aquel momento en la puerta de la sala de juego y avanzaba hacia el mostrador rodeada de amigos de ambos sexos que la agasajaban como a una reina.

No había visto a su marido ni a David. Por eso la impresión fue más grande al sorprenderlos juntos, mirándola en silencio, fijamente. David, como si se tratara de una aparición; Pietro, con complacencia, que nada conseguía enturbiar. El primer movimiento de Helen fue de estupor; luego de intrascendencia.

—¡Hola, David! ¿Qué es de tu vida? Ya hemos sabido los acontecimientos. Hubiera ido a verte al hospital, yo también estaba entonces en una clínica. Fue poco antes de que Pietro y yo nos casáramos. Un accidente de automóvil, ¿sabes?

David creyó hallar en aquel momento la causa de que ella le abandonara. Se le notó en los ojos dolorosamente velados y en la palidez que se había extendido por su semblante; pero no hizo ningún reproche. No tenía intención de hacerlos.

Helen, mientras tanto, se había acercado a su marido y se colgó mimosa, de su brazo. El italiano acarició sonriente la fina mano de su mujer, leyendo en la mirada de ésta sus más íntimas emociones.

Pensó que aquel incidente era necesario en su vida, que nada ocurre en este mundo sin una razón, aunque a veces los humanos no la alcancen. Sin aquel encuentro nunca su esposa hubiera sido

enteramente «suya». Parecía que el joven aún la atraía; pero Pietro abrigaba la esperanza de que en aquel instante él la estaba conquistando.

—Te felicito de todo corazón, Helen.

Iba a responder la muchacha, cuando una voz que hizo temblar a David, amenazó:

—¡Quietos! ¡Que nadie se mueva!

Cuatro individuos irrumpieron en el «Blue Star», con el cuello de sus impermeables subidos y caídas las alas de sus amplios sombreros, entre los que se vislumbraban apenas unos ojos amenazadores. En la diestra del jefe brillaba una mortífera automática.

Uno de sus secuaces, el que había acorralado y hecho volver de cara a la pared a David, mantenía en sus manos dos revólveres, y en la de los otros, el que caminaba por entre las mesas, y el que vigilaba desde la escalinata de entrada, se veían sendas pistolas ametralladoras.

—Los que estén sentados, que pongan las manos sobre las mesas. Los demás, las manos arriba. Y vosotros —se dirigía al músico, y a la cantante—, seguid con lo vuestro.

El pianista, desencajado, tembloroso, continuó tocando, si a aquello que arrancaba a las teclas se le podía llamar música, y la cantante perdido completamente el compás, se desgañitaba en una serie de desafinados gorgoritos.

Pietro Bertini, con labios fruncidos y los puños apretados, se vio obligado a obedecer ante un ademán perentorio del «gángster».

Helen Gray, mientras levantaba sus manos de mala gana a la altura de los hombros, desnudos y rutilantes de pedrería, sintió en la espalda un escalofrío de angustia. Aunque disimulada, había creído reconocer en la voz de mando la misma voz dura, fría, amenazadora, terrible de los peores momentos de Alex.

Recordó la mirada de hielo con que la había obsequiado antes de ser arrojado del establecimiento la noche en que por primera vez se había sentido ella capaz de mantener a raya al demonio negro de su pasión por él y sintió miedo.

Miró a su marido, al enmascarado y a David. La posición de éste no era nada envidiable. El individuo de las dos automáticas no le perdía de vista, como si hubiera adivinado de quién se trataba,

dispuesto a cribarle a balazos al menor movimiento sospechoso.

Pero David, pese a todo, calculaba fríamente las posibilidades de triunfo con que podría contar en un caso dado. Entonces eran nulas. En cambio, dentro de unos minutos, cuando, ya logrado su objeto, los asaltantes emprendieran la retirada, sería la ocasión.

Si no su experiencia, su sentido común le aconsejaba que con la obsesión de la huida la vigilancia de que era víctima se relajaría un tanto, perdería peligrosidad y habría llegado el momento de actuar. Sentía la ineludible necesidad de descubrir la personalidad que se ocultaba tras el pañuelo que cubría el rostro del jefe.

Con los nervios en tensión y los sentidos bien despiertos, se dispuso a esperar. Oyó de nuevo la voz que intimidaba ahora a la cajera para que le entregara la recaudación y se afirmó más en su idea.

Ya no le cupo duda. El jefe de la banda no era otro que su hermano. Intentó volver la cabeza hacia aquel lado, pero el «gángster» le hundió una de sus pistolas en el costado.

—¡Quieto, amiguito! No hay que ser curioso. Si quieres saber lo que pasa, yo te lo diré. Uno de mis compañeros se dedica a aligerar de sus alhajas a damas y caballeros. Te aseguro que tiene ya un buen puñado. En cuanto al jefe, ahora mismo se embolsa los dólares que le da la cajera. Pero falta lo más gordo. La función no ha empezado todavía.

El tono del «gángster» era de una mordacidad hiriente. Esto hizo sospechar a David que el robo no era lo único que guiaba a los pistoleros. Temió por Helen y se esforzó por ver lo que pasaba, bizqueando los ojos. Una vez que lo consiguió, quedóse de piedra.

—Vamos afuera, pequeña —ordenó a Helen el enmascarado.

Helen se revolvió furiosa, sin importarle la negra y mortífera pistola que apuntaba a su corazón.

—¡Basta ya! —gritó fuera de sí, bajando los brazos y cerrando sus pequeños puños—. Deja de disimular la voz y arráncate de una vez ese pañuelo. Sabemos quién eres. ¡Podrás matarme, sí, pero más no podrás! Y dudo que lo hagas, pues estás descubierto y eres un cobarde, un cobarde, que siempre se ocultó, como ahora detrás de ese pañuelo, con la máscara de la hipocresía y la falsedad. Hora va siendo que alguien te desenmascare, y ésa voy a ser yo.

—¡Calla o te acribillo!

—Ya he dicho que no tengo miedo a morir. Sólo la muerte podrá borrar el tremendo error que fue mi vida.

Hizo una pausa como si esperara que Alex Gadner cumpliera su amenaza, pero como se limitara a sonreír despectivamente, Helen le arrancó el pañuelo del rostro.

—David, te presento a tu hermano, el gran traidor. Te lo presento tal y como es. No creas que te dejé por Pietro ni por una posición más elevada. Fue por él.

Alex hizo una señal a sus hombres para que se abstuviesen de intervenir. Aquello parecía gustarle.

—Sí, muchacho, así fue —recalcó Bertini.

El forajido sonrió halagado.

—Así fue, David. Te la quité. ¿Qué te parece?

—Que eres un maldito cerdo. En cuanto a ti, Helen, ¿cómo pudiste hacer eso?

—A espaldas tuyas, con palabras falaces logró hacerme creer sus mentiras. Luego se comportó conmigo como una bestia. Yo quise avisarte de que intentaba matarte y él me golpeó y encerró en un armario. Gracias a Pietro estoy viva. No pude ir a tu casa porque sufrimos un accidente de automóvil aquella noche.

—Todo lo que Helen está diciendo, es cierto —volvió a intervenir el dueño del «Blue Star».

—Más tarde vino en mi busca y me negué a seguirle. Eso no me lo ha perdonado su vanidad. Creía que le adoraba y no puede concebir que yo quiera a un hombre que conmigo fue bueno.

—Te repito lo de aquella noche —sonrió Alex—. Elegiste el dinero.

—Te equivocas, miserable. Quiero a mi marido. Tanto le quiero que prefiero morir a sentir sobre mí tu aliento de bestia otra vez.

El pistolero volvió a sonreír de nuevo siniestramente.

—Por si es verdad que deseas morir, no satisfaré tu gusto. Volverás a sentir, como tú dices, mi aliento de bestia sobre ti. Luego te devolveré a tu marido.

—¡Miserable!

Pietro Bertini, su figura alta y sarmentosa, avanzó hacia el criminal, con indignación. Tenía las mandíbulas apretadas y los ojos fulgurantes.

—Si das un paso más, te mato —amenazó con furia Alex.

Pero Pietro ya no le oía. Un velo de sangre había nublado su cerebro. Avanzó, no uno sino dos, tres pasos. Hasta sentir contra su vientre el cañón de la pistola de su rival.

—No te la llevarás mientras yo viva.

Hizo un quiebro con su cuerpo e intentó sin conseguirlo, arrebatarse el arma.

—Entonces, ¡muere!

—¡No! ¡No! —gritó desgarradoramente Helen.

Alex apretó el gatillo. Ahogadamente, haciendo coro a las palabras de Helen, la voz terrible de la pistola se dejó oír, disparada a quemarropa sobre el dueño del «Blue Star». Éste se esforzó por llevar sus manos al cuello del asesino. Antes de lograrlo se dobló sobre sí mismo, como un muñeco.

Sus dedos engarabitados quisieron por una breve fracción de segundo asirse desesperadamente a la ropa de Alex; en vano. Incapaces ya de todo movimiento, sus brazos se escurrieron laxos a lo largo del cuerpo rígido de su asesino.

Todo ocurrió en unos segundos. Helen se arrojó a los pies de su marido, sollozando, hasta que Alex la arrancó de allí a viva fuerza.

Como ella forcejeara, el brazo del joven rodeó su cuello por detrás. La llave resultaba infalible. Helen no podía mover la cabeza ni gritar; sus ojos se desorbitaban por momentos. Pero todavía, aun exponiéndose a ser estrangulada, golpeó nerviosamente con sus talones la tibia de su raptor.

—Vamos, fiera ya te domaré yo.

La expectación y el miedo despertados por este hecho en la gente fueron grandes. Incluso los tres «gángster» se encontraban pendientes de aquel duelo de trágicos resultados. Alex, parapetado ahora tras el cuerpo de la muchacha, por entre cuyo brazo derecho asomaba el cañón de su pistola, se había vuelto hacia su hermano.

—Ya ves que me la llevo, David. Te la quito, y ahora delante de tus narices. Ya no podrá Helen acusarme de trabajar en la sombra ni de ocultar mi rostro. Tengo bastantes testigos de mi hazaña.

—Hazaña que te costará muy caro, Alex.

Éste rió, sin cesar de retroceder. La ocasión esperada por David había llegado. Era el momento. Dejó de percibir la presión de la automática en sus riñones y vio por uno de los espejos que el individuo que le había tenido encañonado durante todo el rato, se

distraía un segundo al iniciar también la retirada.

No lo pensó más. Giró en círculo sobre sus talones con vertiginosa rapidez y su puño fue a estrellarse contra la oreja del «gángster» que se tambaleó medio privado del conocimiento.

Cuando quiso recuperarse del todo se encontró en tierra completamente desarmado. No supo explicarse lo que había pasado. Pero percibió que contra su cuerpo casi entumecido se parapetaba el mismo joven a quien él tuviera acorralado anteriormente.

En la sala se había formado un gran revuelo. El nerviosismo se había apoderado de todos. A la intervención de David había sucedido la de los propios hombres de Pietro Bertini.

El «gángster» de la metralleta que se movía entre las mesas cayó herido de muerte, no sin antes haber hecho él blanco en varios clientes, luchando a la desesperada.

El de la puerta ganó la salida, después de lanzar sobre David algunas ráfagas de su ametralladora.

David se vio imposibilitado de emplear su revólver contra Alex por temor de poder herir a Helen.

Contra el otro no pudo hacer nada tampoco. Su campo de tiro era continuamente obstruido por hombres y mujeres de la histeria.

Cuando, por fin, entregó el «gángster» a uno de los guardaespaldas y se lanzó corriendo hacia la salida, un coche arrancaba de golpe, como caballo espoleado de improviso.

Pudo disparar contra el conductor, pero no quiso. El hacerlo hubiera equivalido a que el coche se estrellara y a que tal vez perecieran sus ocupantes en el accidente.

Dentro de él, en el asiento posterior, iba Helen Gray, forcejeando con Alex, y no podía David exponerla a morir de tan horrible forma.

El joven intentó perseguirlos, pero ninguno de los automóviles estacionados ante la puerta del «Blue Star» se encontraba en condiciones de ser usado con la necesaria rapidez, pues tenían las portezuelas cerradas y quitadas las llaves del contacto.

Clavó sus ojos en el vehículo que se alejaba. Súbitamente, poco antes de que el automóvil desapareciera por una de las calles transversales muy cerca de la que David vivía, una de sus portezuelas se abrió y un bulto, empequeñecido e irreconocible en la distancia, cayó, quedando tendido, inerte en la calzada.

El coche huido no aminoró la marcha siquiera. Iba David a

emprender carrera hacia allá, cuando alguien le tocó en el hombro.

—Llegaremos antes en mi coche. Suba usted, por favor.

Era una joven rubia, simpática, de grandes ojos azules profundamente atrayentes y dulces. Ya la había visto antes, entre los clientes del bar, pues difícilmente su belleza podía pasar inadvertida en parte alguna. La acompañaba un muchacho bien portado, que sonrió a David y le cedió su asiento al volante.

—¿Quién cree usted que será?

Al agente especial no le cupo duda en ningún momento de quién se trataba. Por eso sentía cierta desazón al acercarse al lugar del accidente. Sólo una persona podía haber caído del coche sin que sus ocupantes se molestaran en parar a recogerla, y esa persona era Helen Gray.

Pisó a fondo el acelerador, y segundos después se inclinaba sobre su ex-novia. Un hilillo de sangre se escapaba de sus labios, resaltando sobre su rostro palidísimo. Tenía los ojos cerrados y alentaba con dificultad.

Una simple ojeada bastó a David para percatarse de su gravedad. No tenía, al parecer, heridas visibles, pero en sus piernas brazos y hombros se notaban algunas magulladuras.

Parte de su vestido de noche estaba hecho jirones, y en una de sus manos tenía fuertemente apretado un mechón de cabellos que no era suyo.

David se imaginó la lucha que Helen había mantenido con Alex antes de caer del vehículo, y le asaltó la duda de si se habría simplemente caído, la habría tirado o si se habría arrojado ella misma a la calle en su afán de escapar de las manos de su raptor.

Helen Gray movió los labios débilmente, en un esfuerzo inútil por hablar. Entre la joven rubia, su acompañante y David la acomodaron lo mejor que pudieron en el magnífico «sedán».

Al emprender la marcha hacia la casa de Bárbara para prestarle los primeros auxilios, se dejaron oír las sirenas de los coches del F. B. I.

Alguien, tal vez el agente de vigilancia del distrito, los había avisado. Un coche y una ambulancia pararon frente al «Blue Star», y otros dos siguieron camino al encuentro de David Gardner.

Éste cambió de parecer y rogó al dueño del automóvil que condujera suavemente, calle abajo, hacia la puerta del

«night-club».

El jefe del Federal Bureau era uno de los ocupantes del primer coche que llegó hasta David. Se reconocieron y se saludaron con afecto.

—¿Qué ha pasado, muchacho?

—Otra vez mi hermano, inspector —dijo con cierto pesar el joven—; pero ahora no se escapará. Yo mismo haré lo que debí hacer hace algún tiempo.

Indicó la ruta probable de los huidos, y el «sedán» reemprendió la marcha. Las sirenas de la policía volvieron a atronar el espacio sobre el barrio dormido.

Antes de ser trasladada a la ambulancia, Helen Gray abrió los ojos. Miró en torno, sin comprender, y empezó a balbucir palabras sin sentido, en que barajaba nombres y acontecimientos remotos. Sin sentido para todos menos para David.

Helen no vivía en este tiempo, sino en muchos años atrás, cuando ella y el joven correteaban juntos, cuando él luchaba por ella con sus discípulos, cuando él cazó un gorrión y se lo ofreció, diciéndole que tuviera cuidado no se le fuera a escapar.

David sin quitarle la mano de la frente, notó que el ardor cedía. Los ojos de Helen se habían cerrado y sus labios seguían moviéndose hablando del pasado. El presente, para ella, no existía.

Ni una sola palabra sobre su marido, sobre Alex o sobre el «Blue Star». Sólo aquellas nostálgicas evocaciones de su infancia, cuando aún la vida le parecía teñida de rosa.

Y así murió, niña todavía y, como tal, inmaculada.

David Gadner la besó en los párpados. Una lágrima cruzó sus mejillas curtidas. Sus labios murmuraron:

—Sólo Dios podrá juzgarte. Los hombres no seríamos justos.

Luego irguió la cabeza y prometió no descansar hasta que el culpable hubiera purgado su delito.

CAPÍTULO IX

Alex Gadner adelantó el cuerpo sobre la portezuela por la que acababa de lanzarse Helen Gray y la cerró de golpe, sin cuidarse siquiera de mirar hacia atrás para ver qué había sido de la joven.

—Sigue, Jim. No aminores la marcha.

—¿Qué ha pasado, jefe?

—No te preocupes. ¡Adelante!

Intentó acomodarse otra vez en su asiento y no pudo por menos de lanzar un gemido.

—¿Estás herido, jefe?

—No es nada.

Se despojó del impermeable, arrancó un par de tiras de la camisa y con ellas se vendó, ayudándose con los dientes. No consiguió una obra de arte, pero al menos taponó la herida y contuvo en lo posible la fuerte hemorragia.

Hecho esto, se recostó fatigado, cerró los ojos y acudieron a su memoria los segundos transcurridos desde su huida del «Blue Star» hasta que Helen abandonó el automóvil de forma tan violenta.

No podía comprender Alex, por más que se esforzaba en ello, la actitud de la joven. ¿Qué escrúpulos eran aquéllos? ¿Se puede virar tan en redondo hacia la luz después de una vida de tinieblas?

—Parece que no nos siguen, ¿verdad?

No estaba en disposición de oír la respuesta de su secuaz. Había hecho aquella pregunta maquinalmente, mientras su memoria se llenaba del horror de la mirada de Helen cuando le propuso ser de nuevo ambos lo que había sido antes. Un terror invencible, que la había transfigurado de indignación, hasta el punto de repetirle, una vez más, que prefería mil veces la muerte antes de volver a ser suya.

—¡Mátame! ¿Qué es lo que esperas? Eres ya un asesino... Llevas escrito en tu mirada el destino del criminal.

Había intentado abrazarla y ella se le había resistido como una fiera. Era mujer y débil, pero algo mucho más maravilloso que la fortaleza física la hacía imponerse a él.

Alex llevaba todavía en una de sus manos la pistola. Creía poder vencerla tan fácilmente, que no se molestó en desprenderse del arma para tener más libertad de movimientos.

Entonces ocurrió aquello. Helen se la arrebató y logró disparar sobre él, hiriéndole en el hombro.

Una rabia sorda, una iracunda turbulenta le asaltó. Cayó sobre la joven dispuesto a todo. Volvió a apoderarse de la pistola pero no hizo uso de ella.

Ardían sus ojos y sus labios temblaban, incapaces de articular el menor sonido que tradujera en palabras el torbellino de pasiones y deseos que le habían invadido.

Helen Gray, loca de terror por lo que se avecinaba, hizo girar la manecilla de la portezuela y se lanzó a la calle sin el menor titubeo...

—¡Asesino! —Fue lo último que Alex oyó de aquella boca que un día besara la suya con arrebató.

Alex Gadner se pasó la mano por la frente deseando borrar los recuerdos.

—Aminora un poco —dijo, por decir algo—. Podemos llamar la atención.

—Esto está solitario. No hay peligro.

—Por si acaso.

—Como quieras, jefe.

Corría el coche por la pista de circunvalación. Habían descendido hacia el golfo Sheepshead, teniendo a la derecha el mar. Ahora se deslizaba hacia arriba, en dirección a la bahía Gravesend, con el mar a su izquierda. Llevaba varios minutos avanzando y parecía que no eran seguidos. Sin embargo, Alex sentíase cada vez más desasosegado.

A aquella hora la radio policial ya debía de estar transmitiendo órdenes y consignas encaminadas a tal fin. Era suicida continuar en el mismo coche con que habían efectuado el atraco. Cualquiera le reconocería y podría lanzar sobre su pista a los sabuesos del

F. B. I.

—Oye, Jim. Podíamos abandonar el automóvil.

No era una orden, sino una sugerencia. El otro no hizo caso. Notó que algo no funcionaba bien en el cerebro o en el corazón del jefe.

—¿Y que nos cojan antes de que hayamos llegado a nuestro refugio?

Rompía el mar contra los acantilados. Los faros de otro vehículo que avanzaba en dirección contraria, perforaron las tinieblas, cada vez más densas, que se iban apoderando de la noche en esa media hora que precede al alba.

Alex Gadner miró a su alrededor y sintióse como un niño perdido en una selva.

Su debilidad se iba acentuando. Percibió que parte de lo que había tomado por sudor era sangre, que volvía a manar de la herida, una vez empapado el provisional vendaje.

El automóvil pasó de largo; pero, súbitamente sonó una sirena.

—¿Has oído, Jim? Tenemos que darnos mucha prisa.

—¿Qué te pasa, jefe? Esa sirena es de un barco que está entrando en la bahía.

Alex Gadner admitió sin esfuerzo tan tranquilizadoras palabras. Y, sin embargo, él hubiera jurado que el zumbido de la sirena no provenía de aquella dirección. Había nacido detrás de ellos e iba agrandándose o achicándose, a medida que las revueltas calles la acercaban o alejaban de ellos.

Quiso calmarse diciéndose que tal vez fuera un efecto de acústica, pero no lo consiguió. Para él, aquella sirena pertenecía a algún coche del

F. B. I.,

y este coche, no podía ser de otro modo, venía, sin duda, en su seguimiento.

Por alejarse de la policía se había alejado también de su guarida. Ahora el problema más difícil estribaba en llegar a ella de nuevo. Allí contaban con encubridores y su posibilidad de escapar aumentaría en un ciento por uno.

Alex Gadner insistió:

—Debemos dejar el coche. Aquí nos será más fácil burlar la posible vigilancia de la caza.

—¡Ni hablar! Es preferible exponerse un poco y procurar llegar cuanto antes. Cinco minutos más y estaremos a salvo.

—Aminora. Yo me largo. Toma la mitad del dinero. Me quedo con la otra mitad.

El conductor frenó en seco. Alex Gadner lanzó un gemido al sentirse arrojado hacia adelante por la brusca parada. Cuando quiso rehacerse, una pistola le encañonaba.

—¿Qué haces, loco?

—Lo siento, jefe. La pasta me corresponde entera a mí. Tú no entrabas en parte. Tu botín era la chica y la dejaste escapar.

Alex Gadner se mordió los labios. Llamadas siniestras incendiaron sus ojos.

—Bien, Jim. Tú ganas.

Una sonrisa plegó los labios de Alex. Sonrisa sardónica, de profundo desprecio hacia quien osaba amenazarle, sin sospechar que el cañón de una pistola le apuntaba el corazón por debajo del impermeable, que él mantenía sobre el brazo derecho.

—¿Quieres que te dé yo los billetes o los coges tú? Están aquí, en mi bolsillo.

—Dámelos tú.

—Tómalos...

Haciendo coro a estas palabras, la pistola escupió su mortífera carga a través de la gabardina.

El malhechor cayó hacia adelante, desencajado, con un gesto de profundo terror en sus facciones, sin ocasión de apretar el gatillo de su pequeña automática.

«Uno más», pensó maquinalmente.

La sirena aquélla seguía ganando terreno. Quizá habían conseguido dar por fin con su pista. No había tiempo que perder. Había que borrar las huellas de su última fechoría, y allí estaba el mar, testigo fiel y mudo de cuanto acababa de ocurrir.

El vehículo estaba parado en una pronunciada pendiente, a cuya izquierda se veía un profundo barranco que desaparecía en las aguas. Aquélla sería una buena tumba, tanto para el coche como para el cadáver que había en él.

Saltó a tierra, soltó los frenos, torció el volante hacia el precipicio y, con el hombro sano, imprimió al automóvil el impulso necesario. Luego se puso a un lado y contempló el salto que el

coche daba en el vacío, yendo a caer sobre las olas en un chapoteo sordo, que medio ahogó el sonido del herraje al chocar violentamente contra las rocas que emergían apenas de las aguas.

Alex volvió a sudar copiosamente. El esfuerzo realizado le sirvió para comprobar que su debilidad se iba acentuando, que sus fuerzas se agotaban por momentos.

«Maldita herida», masculló, mientras avanzaba, carretera adelante, tambaleándose como un borracho.

Al fondo, las luces de la bahía bailoteaban ante sus ojos una danza mareante. Sus piernas le temblaban, se negaban a sostenerle. El sopor le rendía. Tentaciones le dieron de dejarse caer allí mismo y que acabara todo de una vez. Pero el instinto de conservación le espoleaba hacia adelante.

¿Adelante, hacia dónde? ¿Dónde dirigirse herido como estaba, medio desangrado, y con el

F. B. I.

pisándole los talones? A cualquier lugar de Nueva York que lo hiciera corría el riesgo de ser reconocido delatado y apresado.

No podía seguir allí. Tenía que salir de la ciudad cuanto antes, fuera como fuera. Poner tierra por medio en seguida. Cada minuto que pasaba, más difícil se le pondría todo.

Pero ¿cómo conseguirlo? Nueva York, especialmente Brooklyn, un enorme cepo, del que resultaba punto menos que imposible escapar.

Las salidas debían de encontrarse cortadas y los agentes de servicio puestos sobre aviso y con órdenes terminantes de detenerle vivo o muerto. Algunas brigadillas especiales habrían salido ya de sus cuartelillos con el único propósito de darle caza. Todo el aparato policial se habría empezado a mover, y él era, simplemente, un hombre herido, acorralado, deshecho, sin apenas fuerza para idear nuevos recursos que oponer a lo que se le venía encima.

Caminaba por inercia, sin importarle mucho hacia dónde iba ni cuál sería su meta final. Su miedo, su debilidad, su sueño, su cansancio, el dolor de su herida, todo, en suma, se había desvanecido. Sentía su cuerpo como acorchado y dormida su imaginación.

Le pareció escuchar de nuevo una sirena, pero su sonido no le conmovió como antes.

Un automóvil cruzó veloz por su lado, viniendo de frente. Más tarde, otro, por la espalda.

Alex Gadner no veía el camino. Titubeaba como un ciego, un anciano o una criaturita.

En torno suyo todo eran tinieblas. Tinieblas espesas y fantasmales que le iban cercando lenta, inexorablemente.

Un traspies, otro, un tercero, y notó que sus pies encontraban el vacío y que una sima mucho más negra que la noche se abría bajo él.

* * *

Alex Gadner sacudió su sopor. Creyó oír voces en torno suyo e intentó incorporarse, pero un dolor mucho más intenso que el de la propia herida le obligó a morderse los labios para no lanzar un grito.

Notó que se había roto una pierna por más arriba de la rodilla y que entonces sí que todo había terminado. Sus pantalones y americana se encontraban hechos jirones y tenía la sensación de haberse arrastrado durante algunos minutos por la tierra mojada. Nada más.

—Enfocad los faros de los coches hacia este lado. Por aquí debe de andar.

Le buscaban. Sus perseguidores habían hallado su pista por fin. No tardarían en dar con él. ¿Vendría con ellos David? ¿Qué habría sido de Helen, novia de los dos que se casó con el italiano?

Todo se le antojaba lejanísimo, como si hubiera sucedido siglos atrás, miles y miles de años antes de aquella noche en que se sentía acorralado, herido, impotente, con ganas de echarse a llorar como un chiquillo a quien amenazaban en sueños unos gigantes...

A tientas consiguió localizar su arma. Secó el relente que había caído sobre ella y se tendió entre dos rocas, en un pequeño lecho de fina arena, desde donde se esforzó por taladrar las últimas sombras nocturnas en busca de alguien a quien herir.

No descubrió nada. Sólo murmullos que no entendía y que, en realidad, eran órdenes encaminadas a cazarle.

Sobre su cabeza se cruzaban y entrecruzaban los faros de los automóviles, haciendo las veces de reflectores.

No tardarían mucho en localizarle.

Se encogió aún más sobre sí mismo. El dolor de la herida y de la pierna rota se le hacía insoportable. Se sentía aterido. Aun así notó un sudor frío que ya no sabía si le estaba empapando o, por el contrario, se trataba de la humedad de la tierra o de las salpicaduras de las olas que rompían junto a él.

Sólo se daba cuenta de que estaba acorralado, de que en torno suyo docenas de sabuesos se disponían a caer sobre él y acribillarle a balazos en cuanto intentara defenderse.

Y claro que se defendería.

—Alex, date preso. Sabemos que estás ahí —oyó la voz de su hermano.

Alex Gadner rió entre dientes.

—Si no sales, emplearemos los gases.

Podrían emplearlos cuando quisieran. Él no dejaría su refugio. Que se acercaran y ya verían.

—No hagas más locuras, Alex. Todo está perdido para ti.

David se había arrastrado hasta muy cerca de Alex y hablaba sin saber a ciencia cierta si era oído. Alex cortó la respiración y escudriñó en torno, inconscientemente.

No vio nada, ni, en realidad, podía ver absolutamente nada.

—Entrégate, Alex. Helen ha muerto. Mataste a Pietro Bertini y nadie te librá a ti de la misma suerte.

La voz de David se iba acercando. Había amanecido ya y la radiante aurora teñía de alegres colores lo que para Alex tenía el tono sombrío de la más negra noche: la de la terrible ceguera.

Sus párpados hinchados, sanguinolentos, llenos de tierra, doloridos, no le permitían contemplar la naciente aurora.

—Ni un paso más, David. Te conozco. Quieres cogerme vivo para ganar honores. Quizá desees matarme para vengarte de mí. Madre murió por mi culpa y estás en tu derecho... pero yo también lo estoy en defenderme.

—Hay algo más hermoso que la venganza, Alex: el perdón. Yo te perdono.

Alex Gadner intentó incorporarse. David estaba llegando a él, y en modo alguno deseaba que lo hiciera. Todo antes que caer vivo en manos de la Justicia.

No pudo moverse. Para agarrarse a los salientes de las rocas hubiera tenido que desprenderse de la pistola, y eso jamás lo haría.

Con ella en la mano, aún sentía cierta seguridad. Si soltaba el arma intuía que todo su valor se derrumbaría y que no podría vencer el impulso de arrastrarse a los pies de sus apresadores, en demanda de piedad.

David había hecho una seña con la mano. Los agentes, con sus pistolas ametralladoras al brazo, empezaron a avanzar.

Alex oyó aquellos pasos y se imaginó los cuerpos encorvados. Levantó el brazo y disparó a ciegas: pero las balas rebotaron contra las rocas de su refugio. No había forma de defenderse, de morir matando, como era su mayor deseo.

La muerte había hecho su presa en él, y se enfureció. Le hubiera agradado que uno por uno los jueces, magistrados y testigos, desplegaran ante él y ante la curiosidad de los espectadores todas sus hazañas. Por unos momentos sentiríase el magnífico actor admirado por todos. Sonreíría ante las acusaciones del fiscal y encendería un cigarrillo cuando lo condenaran.

David descubrió a Alex esforzándose por localizarle. Se acercó y casi suplicante, quemándole los ojos ardientes lágrimas, dijo:

—Aquí estoy, Alex. En pie ante ti, frente por frente a tu pistola. Dispara, Alex, por favor. Libérame tú mismo del peso de mi vida. No tengo derecho a vivir, puesto que hombres y mujeres han muerto por mi culpa, por mi demora en el cumplimiento del deber. Uno de esos cadáveres, sobre todo, está reclamando mi vida: el del inspector Cronwell. Mi vida resulta desde entonces una carga bien pesada. No puedo con ella, Alex. Por eso te pido que dispires. Dispara, dispara de una vez.

Alex, guiado por el sonido desgarrador de la voz de su hermano, enfiló el arma.

—Mátame como a ellos, para ser digno de comparármeles, Alex, hermano, aprieta el gatillo. Una simple presión y todo habrá acabado. Yo te perdonaré todos tus crímenes anteriores en gracia a esta obra de caridad que harás conmigo. Alex, dispara —repitió, con cierta desesperación—; hay poco tiempo que perder. Mis ex-comaradas del

F. B. I.

avanzan sobre nosotros. Escucha sus pasos. ¡Animo, hermano!

Mientras hablaba, David se había acercado tanto a Alex que la pistola de éste, mantenida en el aire con grandes esfuerzos, se

apoyó en su cuerpo, justamente encima del corazón.

—Una suave presión, Alex —repitió—, y todo habrá acabado.

Pero Alex no se decidió. Algo que jamás había sentido le impedía hacerlo. El supremo desprecio que siempre le había causado David, se había trocado entonces en admiración.

—¡No... puedo, no... puedo! Aquí... estoy yo para pagar mis crímenes. Con ello debes... tú eximirte de la parte de culpa... que te... corresponda. Soy tu hermano... menor, me has querido... siempre, a pesar de todo, y...

Hizo una pausa y prosiguió, entre grandes jadeos:

—Antes de juzgarte, que se pongan en tu lugar. Sólo las fieras... como yo hubieran... obrado sin... meditado, por simple... instinto... Tú eres un hombre, David, todo... un hombre... maravillosamente... humano. Nadie..., ni tú mismo... tiene derecho... a acusarte de nada.

La pistola se le había caído de las manos y un estertor de muerte acudía a su garganta con rapidez.

Agentes, inspectores y subinspectores del

F. B. I.

y de la Policía Metropolitana le habían rodeado ya y escuchaban respetuosamente sus palabras antes de decidirse a apresarle.

Ya en el suelo, caído sobre el lecho de arena de la playa, y retorcido en sí mismo, continuó:

—Todas tus... acciones, todas tus... dudas, David, son... disculpables. Tú no debes morir... Te han expulsado... pero no te han comprendido. Peor... peor para ellos...

El esfuerzo había robado a Alex sus últimas energías.

Cogió el arma que estaba junto a su mano derecha e intentó hacerla girar sobre sí mismo. Cuando los agentes se lo impidieron, ya no era capaz de apretar el gatillo.

—¡Lástima! —prosiguió en un esfuerzo final—. ¡Hermano contra hermano! Tú y yo... codo a codo... hubiéramos hecho cosas buenas... Hazlas tú solo, David, haz...

La palabra final se le truncó. Alex, sonriendo entre sus lágrimas, quedó rígido, grotesco, con sus ojos hinchados, sus manos llenas de arañazos, cubiertas de rastros de sangre coagulada y de barro, con una de sus piernas retorcida, la clavícula al aire, descubierto y sucio el cuerpo nervudo, y en todo su ser una mueca trágica...

El

F. B. I.

no pudo hacer otra cosa que arrastrar a un cadáver.

David Gadner, sin responder a las palabras de consuelo que su ex-jefe

le dirigía, ayudó a los agentes a trasladar el cadáver de su hermano a la furgoneta que llegó poco después.

Luego se despidió de todos e inició el regreso, solo. Nadie se atrevió a ofrecerse para acompañarle. Ni siquiera el inspector-jefe, que, en el fondo, admiraba la entereza de carácter de aquel joven, a quien la desgracia había perseguido sin compasión.

Necesitaba, antes que nada, meditar, refrescar con la brisa matutina su frente calenturienta. Más ineludiblemente, contemplar los dulces ojos de Bárbara, escuchar su voz cálida y apasionada. Después de todo lo que había sufrido y estaba sufriendo, ella sería el único sedante para su corazón.

Sus sentimientos, ideas y creencias habían sufrido un duro golpe. Necesitaba del amor de Bárbara para creer de nuevo en la bondad humana, para sentir cómo renacía en su alma la alegría de vivir...

FIN

CONDORITO

REVISTA MENSUAL

